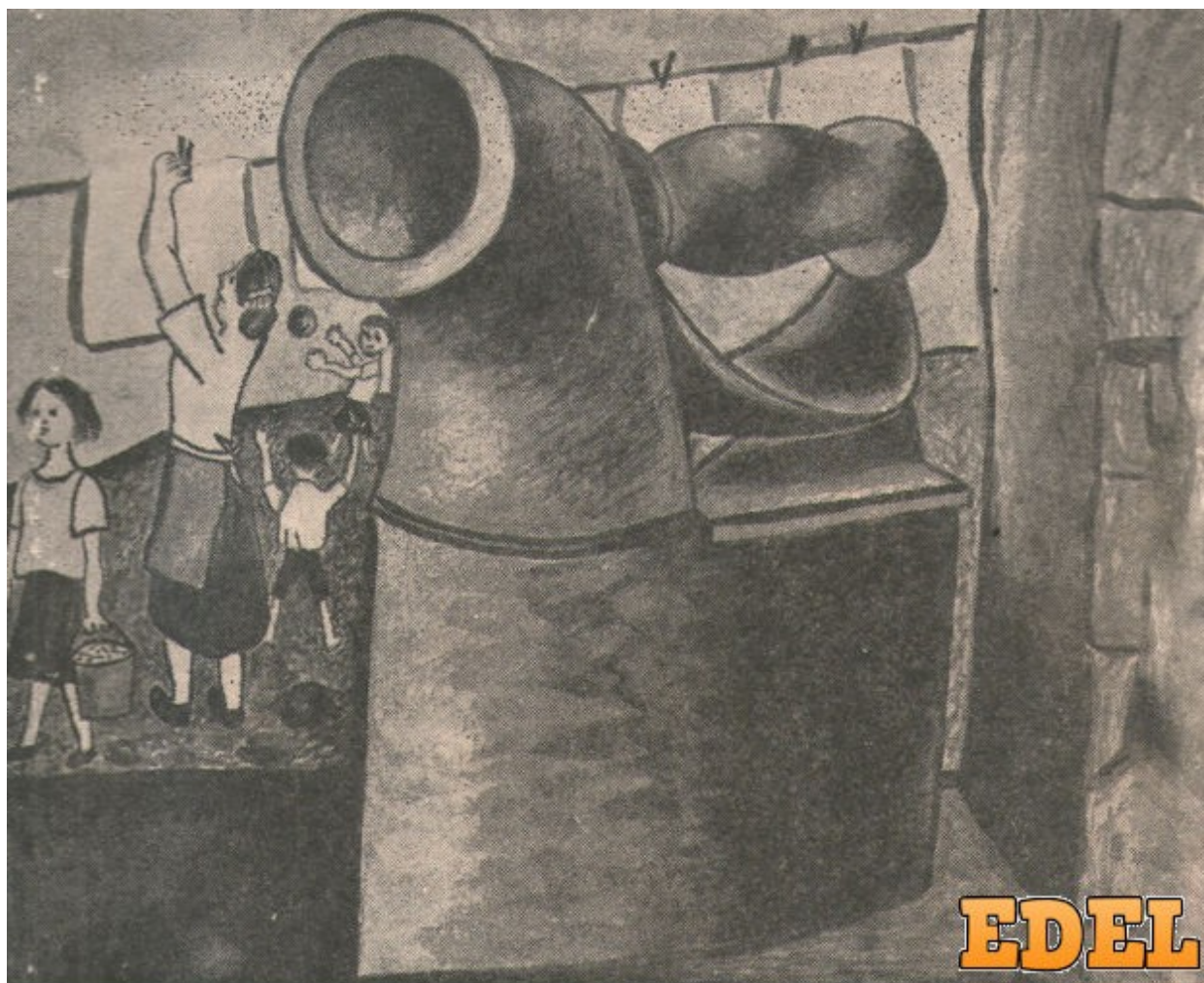




a ras del suelo

Luisa González

A ras del suelo

Luisa González Gutiérrez



Versión 1.02 EDEL – Editorial Electrónica
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

ÍNDICE:

La casa de la plancha

Nuestras vecinas "las mujeres pecadoras"

Una extraña aventura

Un paseo en coche

No quiero que mi hija sea otra muía de carga Banderita azul

De mi casa a la Normal, de la Normal a mi casa "*In angello cum libello*"

Vergüenza Vocación

El hueco de la rosca

Graduación: 1922

La senda de la vida

Maestra en Guadalupe: 1923

De La Puebla a Barrio México: 1924

De la Escuela de Guadalupe a la Escuela Maternal: 1925

Otra vez al Barrio La Puebla: 1927-1932

PRÓLOGO

Tengo ante los ojos un retrato de Luisa González captado hace mas de treinta y cinco años. Es una muchacha lozana, maciza y guapa, sin amaneramiento en la figura ni afeitte en la cara. Da la impresión de limpieza, con ropa, alma y cuerpo lavados en alguna fuente de la montaña.

Luisa González es ahora tan joven como antes. Porque es sabido que la juventud no radica en la edad sino en la actitud. La de Luisa ante la vida es siempre de una muchacha vital.

Es cierto que la revolución, como también se sabe, es un elixir de juventud, y sumergida en la revolución a Luisa las horas no la hieren ni la última la matará, porque la revolución será también un permanecer sobre los tiempos.

En hervor perenne de curiosidad, su temperamento encontró en la revolución el camino que buscaba entre la neblina de teorías idealistas, en cuya sima la miseria está predeterminada por el destino y no es ácido fruto del régimen social.

Su temperamento y la revolución se conjugaron y son dos sílabas de un mismo hermoso verso de juventud.

Nos da "*A ras del suelo*" sin el menor deseo de hacer lo que comúnmente se entiende por obra literaria, —en el sentido de bordadura, filigrana y encaje—, para contarnos su vida a grandes y firmes brochazos, con voz llena de trinos familiares y estilo lleno de recovecos. Al contarnos con realismo su vida —tema que ella conoce— resulta al cabo que "*A ras del suelo*" nos gusta más que muchas obras literarias, plantas de invernadero ante el roble con nidos, de pie ante el vendaval, que es la vida de Luisa González.

Y junto a ella todos los demás personajes, a quienes conocemos sin haberlos tratado: esa marimba de chiquillos enfrentados a la vida a la responsabilidad del trabajo, a la brutalidad de una calle de La Puebla; esos tíos esas tías y esa madre, cuyas vidas consisten en la solución cada veinticuatro horas del problema que es para ellos tener algo en el plato; las mujercillas de La Puebla, prostitutas de cuerpo pero no de alma; y después el paso veloz por estas páginas de las figuras de Carmen Lyra, Joaquín García Monge y Omar Dengo, maestros de generaciones y profesores de dignidad.

Comiendo con los dedos bizcocho remojado en café negro en la cocina ahumada y calificándose picarésicamente de india para disimular su súbita familiaridad; ante las futuras maestras en la lección de literatura infantil; fundando la Escuela Maternal;

traduciendo del francés el "Manifiesto Comunista", Carmen Lyra surge nítida en varias páginas. Pero desde que aparece por vez primera comienza a soplar por ellas un aire que las orea y Carmen Lyra es como una llamita que ya no se apaga.

Hay otro personaje que no habla con palabras. Es la plancha. La plancha que ennegrece la casa, vomita chispas, enrojece los rostros, quema las manos y preside la vida de la familia. Simboliza el trabajo embrutecedor como todo trabajo rudo que se hace a la fuerza; representa la maldición bíblica del trabajo cuando se trabaja de sol a sol bajo la servidumbre del hombre por el hombre; y es como un Moloch que devora salud, energías, posibilidades de cultura, perspectivas y esperanzas.

Su humo se ha metido al alma de la familia, incapaz de reaccionar correctamente, hasta que la maestra de veinte años sentada en una pequeña silla de kindergarten oye leer el "Manifiesto" y se le disipa el humo.

Con la hondura con que se describe lo que se ha vivido, la autora nos pinta la "vergüenza de ser pobres".

Y es verdad que la pobreza es fea. Pero concurren a avergonzarnos otras causas ya no ciertas pero enraizadas en el subconsciente: que la pobreza es castigo del destino trazado por los dioses. Entonces la superstición nos venda los ojos y nos torna mansos ante un fenómeno que no debe avergonzar al que lo padece, sino al régimen que lo engendra. "La vergüenza de ser pobres" es otra carlanca que impide el paso hacia el decoro de la rebeldía.

La autora no se ciñe a describir la pobreza vergonzante con mano maestra, como nunca se la ha descrito en nuestras letras, sino que le abre salida: para salir de sus garras huesudas no hay que abandonar las filas de sus víctimas al resolver por propio esfuerzo nuestro problema personal, sino adentrarnos más aún en ellas, poner nuestro ascenso a su servicio y luchar juntos contra los factores percederos que la ocasionan no solo para nosotros sino para todos.

No la traición a los nuestros; no la ceguera de creerla castigo de Dios; ni porque emergemos individualmente de la pobreza suponernos la golondrina que hace el verano: batallar, desde donde estemos y como podamos a fin de que el sol salga para todos, solidarios, disciplinados y de pie.

Al cerrar el libro le parece a uno que Luisa González ha ilustrado con agua-fuertes costarricenses las estrofas de la "Internacional".

Es un libro para los jóvenes. De la autora no podía salir otra cosa. Y para todos una lección. La lección de su vida.

ADOLFO HERRERA GARCIA

***Dedico estos relatos
a mi madre
y mi Partido.***

La casa de la plancha

Allá, exactamente allá, en aquella puerta donde se veía siempre una plancha negra de vapor echando humo y chispas rojas al viento, allá precisamente estaba mi casa. Mi casa "escorrocha", horriblemente fea, que encerraba un mundo de penas, de trabajo, de maldiciones y protestas contra "esta vida de perros".

Nunca podré olvidar aquella plancha de hierro señalando como un centinela implacable la puerta de mi casa. Nunca podré olvidar aquella boca negra y humeante que desde lejos me gritaba: "Aquí vivís vos; esta es tu casa, no lo negués, no te avergoncés por eso. ¿Acaso vos tenes la culpa? Somos pobres, muy pobres, por eso tenemos que vivir en este barrio indecente, queramos o no".

Como una maldición salía de sus entrañas aquella sentencia envuelta en chispas y nubes de humo negro, Pregonando a los cuatro vientos, como una vieja chismosa, que allí, en esa casa horrible, de piso de tierra y ventanas desvencijadas, vivíamos, nosotros.

Esta plancha negra vivió con nosotros más de veinte años, era como otra de mis tías morenas y regordetas que desde buena mañana se cuadraban para hacer frente a los oficios de la casa y al trabajo. Ella también, desde buen temprano, era la primera que asomaba la cara al viento para respirar el aire fresco que encendía los carbones en sus entrañas, después de haber dormido en nuestro mismo cuarto detrás de la » puerta de la calle.

¡Claro que sí! Esta plancha era como un miembro de nuestra familia: como hermana de la tía Chana, quien siempre se pasaba más caliente que un jarro zonto, protestando y maldiciendo su destino.

¿Quién como ella, podría conocer mejor las manos de mi madre, que por muchas horas del día y de la noche, presionaban duro su espinazo, a lo largo del planchador, sobre las sábanas y camisas blancas de cuya superficie huían las arrugas, al sentir el calor que las perseguía sin tregua?

La plancha negra conocía muy bien la boca grande de mi tía Carmen, porque cuando ella soplaba los carbones, era un diabólico fuelle que encendía con pasión sus entrañas. ¡Qué fuerza y qué energía había en los pulmones de aquella mujer! Sus ojos, su nariz y sus mejillas se inflaban como si fueran a reventar, para descargar técnicamente, todo el aire necesario hasta encender al rojo vivo el último granito de carbón.

No eran simples bocanadas de aire lo que salía de la garganta de mi tía Carmen. Aquel vigor y aquella fuerza eran como su propia sangre, que en roja transfusión circulaba por los carbones negros hasta hacerlos arder en carne viva. Las brasas chisporroteaban cristales rojos; aquella plancha parecía hablar cuando por su boca asomaban, como lenguas, triunfantes llamas azules.

Nunca fue una intrusa esta plancha en nuestra casa. Los niños la queríamos y jugábamos con ella como si fuera la hermana mayor. En sus ratos de ocio frío, era una locomotora que jalaba vagones hechos de tarros y de cajas vacías, o era la aplanadora imponiendo su peso para hacer lindas calles y avenidas en las ciudades imaginarias que construíamos en el patio de la casa.

Todos éramos amigos y familiares de esta plancha negra; hasta mis tíos, que a medianoche volvían de sus juergas, la cogían del cuello para dejarla como centinela, acunando la puerta de la calle.

Largos veinte años vivimos con ella compartiendo las penas y alegrías de nuestra familia, hasta que un día se puso sorda, sorda como mi abuela; no quiso calentar más, se quedó fría para siempre, con los carbones apagados en las entrañas, atragantada y atascada de tanto humo y ceniza que había salido por su cuello negro y firme. Pero ella no abandonó su puesto: así, fría y dura, siguió sirviendo de cuña en la puerta de la calle, luchando sola, contra el chiflón que levantaba nubes de polvo y de basura desde afuera.

Para encontrar nuestra casa no había señas más seguras. Todas las gentes del barrio explicaban con claridad cuando un extraño preguntaba por nosotros. "Allá, exactamente allá, donde se ve aquella plancha negra en aquella puerta, allá viven las Gutiérrez".

Las Gutiérrez éramos mi madre, mis tías, mis primos, las cuñadas, mis tíos, mi abuela, mi padre y un sinfín de "güilas" de todas las edades y tamaños. Todos juntos completábamos un clan de unas quince o veinte personas, que vivíamos apretados como sardinas en aquella casucha.

Nuestra casa era en aquel barrio popular, un centro industrial y comercial al servicio de todos los vecinos. Rótulos escritos a mano, con mala letra y peor ortografía, anunciaban en la única ventana de la casa: "Aquí se arregla calzado"; "Se benden tortillas"; "Los sávidos tamales de chanco"; "Se resiben costuras"; "Se resiben comensales". Había que ganarse la vida con todos los trabajos que se presentaran.

Desde la puerta de la calle hasta el final del patio, nuestra casa era un inmenso taller debidamente organizado, en el cual trabajaban, sin descanso, todos los miembros de la familia, desde mi abuela de sesenta años, hasta los niños más pequeños, que hacían mandados y metían leña.

En nuestra casa no hubo nunca sala, ni dormitorios independientes, ni comedor, ni biblioteca, ¡nada! ¡nada! Todo el espacio había que cederlo a las máquinas de coser, a las mesas de planchar, a los bancos y mesitas de los zapateros, a las bateas y a los barriles, a las grandes ollas, y a un enorme horno de ladrillo de tres metros de superficie, que asaba diariamente diez y veinte cuartillos de maíz en bizcocho totoposte y tamal asado. Esos eran los instrumentos de producción; teníamos que darles lugar preferente si queríamos asegurar el pan de cada día.

Y además, ¿acaso teníamos muebles especiales que ocuparan espacio en nuestro hogar? Ni sillas, ni divanes, ni armarios, ni tocadores, ni escritorios, ¡nada! ¡nada! Unas camas viejas, unas tijeretas y camones con petates y esteras, bien cabían entre las máquinas de coser, al lado de las mesitas de los zapateros y entre las bateas y tablas de planchar o en cualquier rincón desocupado. Nadie se desvelaba, nadie padecía de insomnio y por eso no nos preocupábamos si teníamos que dormir en el suelo o en cualquier tabla dura.

A mí me tocaba todas las mañanas barrer aquel gran taller que era como barrer el mercado. Muy fuerte había que empujar la escoba para limpiar el piso de recortes de cuero, de retazos de tela, de cascarras, de papeles, de hojas de plátano, de astillas y de toda la basura que se había acumulado durante el día.

En el patio húmedo y barrealoso los güilas del vecindario esperaban la basura para buscar pedacitos de charol, clavos y trapitos para completar sus juegos.

A pesar de todo, en medio de aquel barullo y de aquel trajín, había tiempo y buen humor para darle rienda suelta al canto. Mis tías costureras y mis tíos zapateros, con sus hermosas voces, entonaban juntos todas las canciones de moda de aquel tiempo, mientras hacían girar veloces las ruedas de las máquinas de coser y machacaban el cuero húmedo con los martillos marcando el ritmo. Los chiquillos seguíamos el coro, acompañándolo con peines envueltos en papel de china.

Hasta las once y doce de la noche funcionaba aquel gran taller, especialmente los sábados que era día de entregar los vestidos terminados, los zapatos bien pulidos, los encargos de tamales y las docenas de ropa engomada bien planchada, sin una arruga, sin una mancha.

Cerca de la medianoche, el sueño y el cansancio vencían aquella actividad; la casa se silenciaba poco a poco; todos cansados, como bestias de carga, nos echábamos a dormir profundamente, en camas sucias y duras, envueltos en cobijas rotas y desteñidas.

Sobre las máquinas de coser brillaba el insomnio de las tijeras puntiagudas y frías. Sobre las mesitas de los zapateros se reflejaba el filo de los cuchillos y el silencio de los martillos ponía fin a la jornada de trabajo.

Detrás de la puerta, como guardián seguro, la plancha negra seguía peleando con el viento que se colaba por la cerradura y por las rendijas.

Como fuertes motores silenciosos y grasientos descansaban nuestros cuerpos en profuso hacinamiento.

En la oscuridad, desde mi rincón, yo veía las huesudas espaldas de mis tíos forradas en camisetas de punto; las anchas caderas de mis tías, y los gordos brazos de mi abuela, que rozaban los cachetillos sucios de los niños. Los cuerpos cubiertos por las cobijas y los gangoches, parecían formar relieves de montañas, de colinas y barrancos, que subían y bajaban rítmicamente, siguiendo la cadenciosa respiración de todos y los ronquidos de mi padre y de mi abuela.

Un aire denso, impregnado de olor a tamales, a cuero, a humo y a sudor, inundaba aquellas habitaciones estrechas, oscuras y sin ventilación, que sofocaba mi cuerpo y mi alma de muchacha adolescente de trece años.

Yo buscaba, entonces en la oscuridad, la plancha negra y fría, acercaba a ella mis manos y mis mejillas ardientes, y trataba de refrescar mi piel, sin poder huir de aquel ambiente saturado de sudor y de pulgas. Cerraba los ojos y apretaba mis labios sedientos, mientras recordaba la canción que había aprendido hacía pocas semanas en la escuela:

*"Hogar, dulce hogar,
hogar de mis recuerdos,
a tí volver anhelo.
No hay sitio bajo el cielo
más dulce que el hogar".*

Nuestras vecinas “las mujeres pecadoras”

En el barrio de La Puebla, situado en las vecindades de la escuela Porfirio Brenes, existieron por muchos años aquellas pulperías de nombres extraños y raros para nosotros: "*El Acorazado de España*", "*La Poupée*", "*El Pelayo*". ¿Cómo y por qué cayeron en aquel barrio? ¿Quién sabe!

¿Qué significaban aquellos rótulos en aquel barrio obrero? ¿Quiénes serían los dueños de esos negocios, cuyos nombres lucían tan llamativos y misteriosos? Posiblemente fueran europeos que grabaron en aquellos nombres pintorescos, sus recuerdos y nostalgias.

Allá por el año 1912, La Puebla era el barrio más pobre, más sucio, escandaloso y relajado de la capital. Zona donde crecían a sus anchas el vicio, la miseria y la prostitución. Allí en esa zona, "zona de tolerancia", estaba ubicado "Mi hogar, mi dulce hogar".

La fama de La Puebla se debía fundamentalmente, a que en ese barrio estaba instalada una veintena o más de prostitutas de la más baja calaña, cuyo negocio daba al barrio los colores más crudos, violentos y grotescos.

Para nosotros, chiquillos hijos de familias proletarias, las calles y las casuchas donde vivían aquellas mujeres, constituían un espectáculo diario, incitante, lleno de misterio, de curiosidad, de picardía y de instrucción morbosa y precoz, sobre los más escabrosos temas sexuales.

Unos y otros, todos los "güilas", tejíamos clandestinamente, las más absurdas y extrañas fantasías sobre la vida y milagros de eso que llaman "mujeres de la vida alegre", "mujercillas", "putas".

Sabíamos que la palabra "puta" era una vulgaridad y una gran malacrianza que nunca debía decirse; así lo aprendimos desde el día en que la tía Chana le restregó un chile picante en los labios a mi primo Carlos, a quien le gustaba andar diciendo el indecente vocablo.

"Mujeres de la vida alegre". ¿Por qué las llamarían así? ¿De la vida alegre? ¿De cuál vida, Dios mío? No, no eran alegres aquellas mujeres cuyos rostros extraños se grabaron muy hondo en mi mente infantil.

Jamás podré olvidar aquellos tipos humanos de mujeres deformadas por la miseria y por el vicio. Viejas gordinflonas unas, flacuchas otras, arrugadas y pintarrajeadas como máscaras que en horribles muecas sancionaban a esa inmundicia sociedad.

¡Cómo olvidar a aquella negra trompuda, cuya exuberancia se posaba en un par de nalgas temblorosas que le ganaron el apodo de "La Negra Mazamorra"! ¿Y cómo no recordar a aquella rubia pelo de maíz, que llamaban "La Huevo-tierno"? ¿Y a la pobre Silvia, flacucha y pálida, seguramente tuberculosa? ¿Dónde estará ahora? Tal vez ande por ahí pidiendo limosna, o sea ya un montoncito de tierra anónima en el cementerio de los pobres: en el Calvo.

Todos los chiquillos del barrio sabíamos, mejor que la tabla de multiplicar, los nombres y leyendas que circulaban de boca en boca acerca de la "extraordinaria vida de las mujercillas" de La Puebla. Alguna vez, ingenuamente, hasta se nos ocurrió jugar! de "mujercillas". Nos vestimos con unos trajes largos de nuestras tías, nos pintamos las mejillas y los labios, y nos pusimos a quemar hojas secas, imitando los sahumeros que encienden esas pecadoras, y también las damas virtuosas, para atraer la buena clientela masculina.

Nosotros, pobres hijos de aquel barrio, no teníamos a mano los maravillosos cuentos de hadas, de aventuras y de palacios encantados de Andersen, de Grimm y de Perrault; vivíamos en las entrañas mismas de aquel mundo monstruoso, que llenaba nuestras mentes de morbosas fantasías, forjadas en el crisol hirviente de aquella "zona de tolerancia".

Una vez, intrigados por la malicia y la curiosidad, preguntamos a la tía Chana:

—¿Por qué a esas señoras les dicen "mujercillas" y "mujeres de la vida alegre"?

—No sean "sácalas", ni preguntones. Ustedes no están en edad de saber esas cosas. ¿Quién los tiene preguntando lo que no les importa? —repuso Chana, dándonos un empujón, mientras nos hacía saber que esas preguntas debíamos apuntarlas en la lista de los pecados, como malos pensamientos que teníamos que confesar al cura de La Dolorosa.

Una carcajada estruendosa ahogó la regañada de mi tía Chana. Mis tíos zapateros, desde su mesilla de trabajo, contestaron con brutal crudeza nuestra pregunta:

—¿Saben por qué las llaman mujeres de la vida alegre? Pues sencillamente porque son unas vagas, porque no tienen que trabajar para ganarse la vida: son unas frescas, se pasan pereciendo todo el día. mientras uno está aquí sudándose la chaqueta.

Chistes y comentarios groseros y vulgares siguieron la discusión familiar, hasta que mi madre, enfurecida, impuso silencio, para tratar de hacer respetar la inocencia de

los niños, que, perplejos, oíamos el juicio corriente y despectivo que hacen siempre los hombres al referirse a estas pobres criaturas.

—¡Cállense! ¡Cállense, por Dios Santo! —dijo mi madre—. No sean tan relajados para hablar así delante de los chiquillos. Vean que en la familia tenemos tres muchachas que van para arriba y que Dios nos puede castigar.

—¡Sinvergüenzas y bandidos que son los hombres! Así que gozan bien de esas pobres mujeres, vienen luego a comérselas vivas, a despellejarlas, a burlarse de ellas, diciendo chistes y groserías sin nombre, —repuso mi tía Carmen, avivando el chispero del fuego como si fuera el infierno mismo quien debería tragarse tanta infamia y blasfemia.

"¡Qué extraño!", pensaba yo para mis adentros: "mi madre y mi tía Carmen parecen defender a las "mujercillas". ¿Por qué será?" Allá, en lo más íntimo de mi corazón, yo sentía, con extraño temor, que nosotros los niños, también teníamos cierta simpatía, tal vez dominada por la curiosidad y el misterio, por esas vecinas pecadoras, que ponían notas tan pintorescas-en el barrio.

¿Cómo no admirarlas? ¿No fueron ellas las que en la trágica noche del cuatro de mayo de 1910, al producirse el terremoto de Cartago, acudieron presurosas, como la Samaritana, con grandes picheles de agua para dar a todas las mujeres y niños, que nos ahogábamos en la polvareda que caía de las paredes de adobe? ¡Qué valientes y generosas!, pensábamos nosotros.

Nadie tuvo reparo alguno al beber a grandes tragos el agua que ofrecían aquellas mujeres. Ellas no tuvieron miedo, no pensaron en salvarse, no se dedicaron a rezar el trisagio, sino a ayudar a proteger a los niños, a las mujeres y a los ancianos. Nosotros, que en ese entonces estudiábamos la Historia Sagrada para hacer la Primera Comunión, veíamos en ellas la representación genuina de las mujeres piadosas. Y durante años y años, en nuestra familia se contó esa bella historia de las pecadoras, que a nosotros los chiquillos nos dejaba asombrados.

Las experiencias y la vida diaria del barrio confirmaban en nosotros aquella secreta simpatía por las "mujercillas".

¿Quiénes, sino ellas, fueron las que varias veces nos salvaron de una cuereada por haber perdido un diez o una peseta del vuelto de la pulpería? Muchas veces las vimos abrir sus carrieles perfumados para darnos las monedas que habíamos perdido o cachado secretamente para comprar botellitas de azúcar llenas de licor.

Verdaderos ángeles de la guarda nos parecían estas mujeres, cuando acudían presurosas a salvarnos de los castigos familiares y cuando cariñosas nos curaban un raspón en la rodilla, que no nos dejaba andar.

Nuestra simpatía secreta por ellas, aumentaba, pero la escondíamos con pavor en lo más íntimo de nuestros sentimientos: Sabíamos que era pecado mantener alguna relación con aquellas mujeres, lo que nos horrorizaba, pues nos sentíamos ya listos camino del infierno, empujados por aquellas manos pecadoras.

Nuestros conceptos morales, apenas formándose, se retorcían en extraña confusión; niños aún, no podíamos entender ni explicarnos por qué y cómo, aquellas mujeres eran, al decir de la gente, la mancha y el desprestigio del barrio de La Puebla.

Muchas veces se nos salieron las lágrimas cuando veíamos la ambulancia cargando a la pobre Silvia, borracha y ojerosa, que le decía adiós a su gatita parda, que se quedaba maullando en la puerta desvencijada de su casilla.

Mi tía Chana nos jalaba de las orejas para evitarnos aquel espectáculo humillante, y con voz entrecortada nos decía:

—¡Chiquillos más tontos! ¿Por qué lloran por eso? ¿No ven que Silvia está borracha y que la policía tiene que cumplir con la ley?

Ella disimulaba, pero nosotros sabíamos que tenía un nudo en la garganta. Le temblaba la voz.

Nosotros le explicábamos que no eran por Silvia nuestras lágrimas sino por la pobre gatilla que maullaba como una bisagra herrumbrada. Entonces mi tía Chana preparaba una sopa de leche en un tarrillo y nos ordenaba llevarla al pobre animal. Nosotros triunfantes y felices íbamos a cumplir esa grata tarea, mientras estaba Silvia en "La Algodonera".

Eramos, como todos los niños del mundo, unos chiquillos buenos, sentimentales, generosos y agradecidos. Crecíamos en aquel barrio sórdido y miserable, como crecen tantas plantas entre la tierra seca y dura, pero en nuestras almas florecían las virtudes que, a pico y pala, cultivaban con energía y gracia singular mi madre y mis tías, en aquel hogar del barrio de La Puebla.

*

**

Un día de tantos surgió un caso de conciencia que suscitó una larga y violenta discusión en el seno de nuestra familia. ¿Se trataba acaso de un tema filosófico, político o religioso? No, no. Era algo más complicado: había que decidir si podíamos o no, vender a aquellas damas pecadoras los artículos que producía la incipiente industria casera, que sostenía la economía de nuestra familia.

La tentación era muy grande y los escrúpulos de conciencia se inclinaban ante la posibilidad de conseguir muy buena clientela, entre aquellas vecinas que no regateaban precios, y que, además, pagaban al contado, contante y sonante.

El diablo quizá había empujado hacia la puerta de nuestra casa a la jefa de aquella banda de "aves pálidas", a una que llamaban "La Lapa", por los vistosos colores de sus vestidos provocativos, que desde lejos anunciaban el negocio ilícito que le daba pingües ganancias.

Llegó, pues, la consabida "Lapa", en son de traer unas zapatillas blancas para que mi tío Daniel les pusiera unas tapitas en los tacones. Coqueteando y bromeando con él, contrató el trabajo, y naturalmente, mi tío ni lerdo ni perezoso, le ofreció llevar él mismo en persona, esa misma noche, el par de zapatillas a su propia casa.

No había caminado la pobre "Lapa" diez pasos, cuando se levantó el polvorín de protestas y recriminaciones contra aquella atrevida mujer que había tenido la osadía de venir a provocar a los hombres de esta familia trabajadora.

—¡Choyao! ¡Sinvergüenza! ¿Cómo . te atreves a tratar con esa "vagamunda" indecente? —dijo mi tía Lola, solterona empedernida, que lucía impecable el hábito de la Virgen del Carmen, lo que, según ella, le daba prerrogativas y autoridad para juzgar a diestra y siniestra a justos y pecadores. Con furia indecible, cual si fuera el arcángel San Miguel que arrojó del Paraíso a Adán y Eva, cogió el par de zapatillas, cuerpo del delito, y lo tiró a media calle, tratando de salvar así la honorabilidad de aquel hogar.

Aún me parece ver nadando en el fango de la Calle el par de zapatillas blancas, que semejaban unos patitos desplumados por las virtuosas manos de aquella intransigente solterona.

En tres zancadas mi tío saltó a la calle, y recogió enfurecido el par de zapatillas; en venganza cruel, las restregó y limpió en la enagua carmelita de la tía Lola, tratando de manchar su santidad con los humanos pecados de la pobre "Lapa".

—¡Con todo el carajo! —gritó mi tío—, aclaremos esta "vaina" de una vez por todas. ¿Podemos, o no, tratar con esas mujeres? ¿Es que la plata de ellas vale menos que la de doña Lupita o la de doña Lucrecia?

—No es lo mismo. No hagas esas groseras comparaciones —dijo mi tía Carmen—. Vos bien sabes que ese dinero es mal habido, que es plata salada, resalada, que puede traernos maleficios y maldiciones.

—¿Creen ustedes —repuso mi tío— que las monedas de esas viejas vienen perfumadas y lavadas en agua bendita? ¡No me jodan la vida! ¿Quién no sabe de dónde vienen los billetes impecables, y los cheques firmados con garabatos, que

como varitas mágicas producen los negocios más cochinos y escandalosos? ¿Es que esa plata no es salada ni mal habida? ¿Piensan ustedes que porque sale de una chequera de cuero finísimo es plata santa y bendita?

—¡Muchacho de Dios!— repuso la tía Chana, confundida y asustada: —¿De dónde sacas vos esos pensamientos tan estafalarios? Según vos, todas las monedas del mundo son sucias y malditas, hasta las de las alcancías de las iglesias.

—Pues sí señora, hasta esas son sucias si vienen de los bolsillos de los sinvergüenzas y de los atracadores, —afirmó mi tío.

La pobre tía Lola no aguantó más, y se abalanzó sobre mi tío Daniel, sacudiéndolo por los hombros y lanzándole gruesas ofensas: ¡Blasfemo! ¡Desbocado! ¡Masón! ¡Ateo!

Aquel bochinche paralizó toda la actividad familiar, pues se trataba de un problema moral de primer orden, complicado, como todas las cosas de esta i sociedad, con el maldito dinero que, como el aire, 1 necesitamos diariamente para vivir.

Todos los miembros de la familia terciaron apasionadamente en la discusión. Mi abuela olvidó las tortillas que se quemaron en el comal, la leche se regó sobre los tinamastes, y la plancha, quemando la camisa del doctor Esquivel, dio la alarma en nubes de humo negro; y el debate se detuvo en el acto.

De aquel alboroto salieron conclusiones lógicas y prácticas, impuestas por la realidad de la vida. La "moral" quedó hecha añicos: todos los miembros de la familia, a excepción de la pobre Lola, llegaron a admitir los argumentos descarnados y realistas del tío Daniel.

El problema "moral", discutido acaloradamente por toda la familia, quedó perfectamente definido ante la realidad: lo mismo podríamos vender tortillas de maíz cascado, a la pobre Silvia, como a la profesora doña Elisa, vecina del Teatro Moderno; igual podíamos coser vestidos a doña Lucrecia, que a la "Lapa"; o que lavar la ropa a doña Lupita o a la "Huevo-tierno".

Debajo de la mesilla de los zapateros se juntaban en extraña y ridícula fraternidad, los pares de zapatillas de honorables Hijas de María, con los de las "mujercillas". ¡Qué mundo éste más enredado!

A los chiquillos, nos mandaban por igual, a dejar los trabajos al barrio del Pacífico, al barrio de La Dolorosa, o a las casillas donde vivían las mujeres de la vida alegre.

Mi pobre tía Lola no pudo resistir por más tiempo, la "inmoralidad" de aquella familia, que según sus preceptos religiosos, había caído muy abajo en el abismo más horrendo del pecado y del cinismo.

Un día la pobrecilla, echó sus cuatro chuicas en un saco de manta y se fue a trabajar como lavandera a la casa de doña Lucrecia. Ingenuamente creía, que en ese honorable hogar, las virtudes y el celo religioso resplandecían como estrellas por todas partes. A juzgar por la brillantez de los pisos, por las bellas alfombras y perfumadas flores del jardín que rodeaba aquella mansión, era de suponer que las virtudes y la honorabilidad andaban "dundas" en aquel ambiente señorial.

Se equivocó la pobre Lola. No había transcurrido un año, cuando tocó la puerta de nuestra casa, venía pálida y ojerosa. Las manchas de su cara y sus pómulos salientes, delataban sus cinco meses de embarazo. El esposo de doña Lucrecia, Caballero Mariano, que tenía una preciosa chequera con su nombre grabado en letras de oro, no respetó el hábito de la Virgen del Carmen, y así porque sí, le hizo el hijo a la lavandera de la casa, primillo nuestro, que creció con nosotros, arrimado, haciendo mandados para arriba y para abajo, metiendo carretadas de leña, jalando agua y aprendiendo también, las duras y crudas lecciones que da la vida a todos los niños que viven y crecen en los suburbios de las ciudades.

Una extraña aventura

*"No es un cuento, es verdad,
hay un ángel guardián
que ve tu acción y tu pensamiento
que con los niños va doquiera van"*

Gabriela Mistral

En nuestra casa, como en tantas otras casas pobres y ricas, también estaba colgando de un clavo torcido y herrumbrado, ese cromo cursi y horrible que representa al Ángel de la Guarda, protegiendo amorosamente, con sus dos alas blancas, a un par de niño gordiflones y rosados que atraviesan un puente persiguiendo mariposas azules, por caminos cubiertos d. lirios y de rosas perfumadas.

Para nosotros, aquel ángel siempre estuvo pinta do en la pared. ¿Qué habría sido de su pureza blanquísima si alguna vez se hubiera atrevido a andar detrás de nosotros, cuidándonos por aquellos vericuetos y calles sucias y oscuras, saturadas de pecado y de miseria? Habría tenido, el desdichado, que arremangarse hasta la rodilla sus vestiduras celestiales, y habría tenido también que dejar sus alas inmaculadas colgando de un clavo, porque, ¡ay señor!, ¡son escabrosos eso trillos que abre la miseria en estos barrios no residenciales! Por fortuna que a este buen ángel no se le ocurrió jamás correr esa peligrosa aventura. ¿Qué habría sido de él, de su pureza celestial, si el muy audaz, por cumplir con su deber, se pone a cuidar chiquillos desarrapados y malcriados, que han dejado hecha jirones su inocencia, prendida en las redes del vicio y de la miseria? ¡No señor! Nuestro ángel se quedó muy orondo, ciego, impávido, clavado en la pared, luciendo la cursilería de su pureza como si fuera un anuncio de algodón de azúcar.

La verdad es que nosotros tuvimos desde muy niños que aprender solos a darnos de golpes con la vida, a diestra y siniestra, corriendo de aquí para allá, ganándonos el pan de cada día a como hubiera lugar, sin remilgos, sin saber si detrás de nosotros había o no, un ángel guardián cuidando nuestros pasos. Nunca sentimos la protección, ni la caricia angelical de esos seres alados, que como el del cromo, cuidan a los niños sonrosados y consentidos de la suerte.

Algunos años más tarde, cuando empecé a tener mis dudas sobre cuestiones de la fe, me preguntaba desconfiada y temerosa: "¿Nos habría acompañado a nosotros el Ángel de la Guarda a hacer los mandados a las casas de las mujeres de la vida alegre?" "¿Por qué aquel ángel no nos había ayudado nunca a aliviar la carga de los pesados canastos y sacos cargados de tamales y tortillas, que teníamos que distribuir

en todo el vecindario?" ¡No, no! Sus alas de espuma blanca frágiles, apenas si resistían la perfumada brisa de los bosques y jardines. Mis delgados brazos de niña de diez años, eran más fuertes que aquellas alas densas, rizadas, engomadas, inmóviles y frías.

Cuando recuerdo algunas crudas y grotescas aventuras vividas por nosotros, criaturas inocentes, hasta llego a sentir lástima y pena por aquel pobre ángel indefenso, cuyas alas puras no lo dejaban andar sobre la tierra. Nosotros, los niños y muchachos de La Puebla, sabíamos caminar mejor que él en este "valle de lágrimas".

Sucedió que un buen día, al llegar a dejar una ropa limpia y planchada a casa de "La Trompuda", ella llamó aparte, con gran misterio, a mi primo Julio, y le propuso lo siguiente:

—Mira, hijito, yo necesito un muchacho como vos, así entre los trece y quince años, para que venga el viernes a apagarme un "sahumerio". Ya sabes, yo te pago bien; no es nada peligroso. Es que para esas cosas se necesita un chiquillo como vos: eso es todo. No te asustes. Nada te va a pasar. Vení entre oscuro y claro, por allí de las seis y media de la tarde.

En la acera de enfrente esperaba yo a mi primo Julio, que con las orejas rojas y comiéndose las uñas, volvió, y me empujó hacia el quicio de una puerta vecina.

—¿Qué te pasó? ¿Qué fue lo que te dijo esta mujercilla?— le pregunté con maliciosa preocupación.

—Yo qué sé... Fijate que quiere que yo venga el viernes a apagar un sahumerio de esos que hacen ellas. Me ofreció cinco colones y otras cosas más.

—Y qué, ¿te da miedo ir? Si vos no querés, yo voy, —le dije dándomelas de audaz y valiente, y a la vez, llena de curiosidad y picardía.

—¡No seas bruta! ¿Cómo se te ocurre? Si te oyera tu mamá, te rajaría a palos. Ya sabes que nos prohíben entrar en esas casas.

—¿Pero por qué no puedo ir yo?

—¡No seas necia! La "Trompuda" dice que tiene que ser un muchacho así como yo. Las chiquillas no sirven para eso—, contestó mi primo muy rajón, mientras cargaba sobre sus hombros un saco de maíz, y se me adelantaba dejándome atrás, y dándoselas de muy hombrecito.

Sólo él y yo estábamos enterados de aquel asunto extraño y peligroso; sabíamos que teníamos que mantenerlo en el más estricto secreto. Por eso, al llegar a la casa, y sin

habernos puesto de acuerdo, no dijimos una sola palabra, no chistamos, y con miradas de inteligencia mantuvimos las reservas del caso.

Diez mil veces nos-habían dicho que jamás osáramos entrar en los cuartuchos donde vivían aquellas mujeres; que nunca aceptáramos ni un confite de sus manos. ¡De ellas nada! ¡Absolutamente nada! Solamente podíamos recibir el pago de las costuras, de la ropa lavada, y de las tortillas, porque no había más remedio que ganar alguna platilla con ellas. "El que me dé un paso adentro en una de esas puertas, lo rajo a palos", había dicho mi madre, siempre preocupada por las relaciones comerciales que teníamos que mantener con aquellas vecinas indeseables, pero tan generosas y buena paga.

La proposición de la "Trompuda" se nos atragantaba mientras comíamos; temerosos, nos volvíamos a ver, tratando de que mi madre y mis tías no descubrieran el lío en que nos íbamos a meter.

—Estos muchachos parecen gusanos, no se pueden estar quietos, algo se traen en el buche —dijo mi tía Carmen, al mismo tiempo que nos ordenaba ir a meter una carretada de leña que acababan de descargar en la calle.

Muy obedientes y sumisos fuimos presurosos a cumplir esa tarea, tratando de disimular la preocupación que teníamos entre pecho y espalda.

Al oscurecer ya estábamos Julio y yo, encaramados en el cucurucho de la estiba de leña que habíamos acomodado en el galerón del fondo del patio. Allí arriba, en voz baja, hicimos nuestros planes, pesamos los escrúpulos de conciencia, y al fin decidimos aceptar la misteriosa proposición. Iríamos el próximo viernes a cumplir aquella extraña misión.

Mi primo ya conocía algunos cuentos sobre aquellos sahumeros, porque varias veces se había ganado dieces y pesetas yendo a la botica La Dolorosa a comprar, para esas damas, paquetillos con los siete inciensos (estoraque, copal, mirra, etc., etc.). El solamente les había hecho esos mandados, nada más. Nunca había entrado en ninguna de esas casas, nunca había apagado ninguna de esas brujerías.

—"Te lo juro", —me decía temblando de miedo, y temeroso de que yo fuera a delatarlo.

Todos los chiquillos del barrio estábamos entera-: dos de esas prácticas raras que usan las mujeres de vida alegre. ¿Cómo ignorarlo si todos los martes y viernes se inundaba la calle con oleadas* de humo, saturadas con el olor de los siete inciensos, quemados en platillos de lata o en palanganillas escarapeladas?

¿Quién no sabía que aquellas brujerías eran para atraer la clientela masculina hacia la calle del pecado? Por supuesto, nadie hacía escándalo de eso. Era lo más natural, era una forma de anunciar la mercadería, como cualquier otra.

Las hadas, los gnomos, los duendes, las mismas fantasías de Las Mil y una Noches, nada tenían que hacer en este barrio de La Puebla. Nuestra imaginación infantil se nutría de aquellas historias y cuentos que por las noches, oíamos contar con todo lujo de detalles, en las tertulias que vecinos y familiares formaban en el taller de los zapateros y costureras.

Aquellas tertulias y los corrillos que formaban en las mañanas las vecinas en los patios, mientras tendían en los alambres las ropas lavadas, eran lecciones crudas y grotescas que nos dejaban con la boca abierta, con el alma en un hilo, y que ponían en tensión morbosa nuestros nervios y nuestra imaginación infantil.

Los chismes, los cuentos y las historias más absurdas eran parte imprescindible de los buenos días y del programa cotidiano de aquella algarabía de mujeres, de niños, de hombres y de muchachos que vivíamos empujándonos unos a otros para poder subsistir.

La mayoría de las vecinas eran expertas y eruditas en cuentos, leyendas, creencias y brujerías eficaces para resolver los intrincados problemas del amor, que en los barrios bajos, se complican con las tragedias de la miseria y de la ignorancia, mientras en los barrios residenciales, los vicios y la inmoralidad se encubren con elegancia y refinamiento deslumbrantes. Con propiedad y autoridad, las señoras honradas del barrio, intercambiaban recetas, oraciones, creencias y menjurjes, que siempre tenían a mano, para curar cualquier desvío que pudieran tener sus maridos.

Doña Dorila, la vieja que sacaba las cartas a justos y pecadores por igual, era la voz más autorizada en aquellas tertulias. Voz ronqueta, que salía de unos labios carnosos y bigotudos, que dejaban ver unos dientes enchapados en oro, como los de un señor gerente. Era muy experta. Cuando tomaba la palabra, se imponía por el pintoresco repertorio de cuentos y leyendas que relataba con gracia y convicción.

Recuerdo que hasta tenía un cuaderno de apuntes, como libro de consulta, con las recetas de menjurjes, ritos, creencias, explicaciones de sueños, listas de afrodisíacos, oraciones, etc., etc. Aquel cuaderno forrado en tela dorada y azul era el gran caudal de su rica experiencia, que le proporcionaba muchos colon-cilios al mes.

No era tonta; se había encontrado aquel rico filón para hacer platilla, y rápidamente se liberó de la plancha y de la batea, que tantos sudores sacan a las pobres mujeres del pueblo.

Las recetas y consejos de doña Dorila no fallaban. Por eso se había ganado la confianza y el cariño, tanto de las mujeres honradas, como de las mujeres pecadoras,

a quienes ella atendía sin ninguna discriminación, guardando apenas una pequeña diferencia: los martes recibía a las señoras honradas, a las casadas, a las viudas, a las solteronas virtuosas. Los viernes los dedicaba en cuerpo y alma a las pobres "aves pálidas".

En la mochila, que usaba en su seno exuberante, se juntaban por igual, las monedas relucientes que le pagaban unas y otras clientes.

Mis tíos, vulgares y mal hablados, le pusieron el apodo de La Dorila "Tres en Uno", porque la mochila se acomodaba muy bien en medio de sus dos senos. Muchos colones dio su corazón creyente y generoso, para el altar de la iglesia La Dolorosa; muchos chiquillos del barrio hicieron la Primera Comunión, porque doña Dorila les compró el vestido y los zapatos, para tan grande ocasión. La vieja no era tacaña, había que reconocerlo; era espléndida y generosa con todas las familias del barrio que daban auge y prosperidad a su empresa.

Santos y novenas revueltos con las brujerías y recetas de menjurjes, completaban el bagaje de su profesión. La preferida de todas era la oración de Santa Marta, que compraban por igual las damas pecadoras y las señoras honradas, porque para milagros de amor legal o clandestino, no había como esta oración que decía textualmente:

"Santa Marta: así como entraste al Monte de Galilea, entra donde está el dueño de mi corazón con la serpiente; le enviaste junto a ella con el hisopo de agua bendita, la ataste y con tu sagrada mano la tomaste; áteme a mi compañero, que esté manso y humilde como un cordero bajo las plantas de Santa Marta, esposa Florida.

Yo te ofrezco esta oración en nombre de los tres clavos; fuerte, fuerte, fuerte, tu corazón te parto y tu sangre me bebo. Con la cuerda y el estandarte se levanta Santiago y le dice a sus discípulos que toda persona que rece esta oración, humillará a todo hombre y lo pondrá bajo las plantas de los pies de Santa Marta florida. Tres credos y la vela".

Mi tía Carmen, apasionada y combativa, negaba los milagros de Santa Marta y ponía toda su fe en la oración de Santa. Elena de la Cruz. Sacaba de su seno un papelito cuidadosamente doblado y sorprendía al auditorio declamando magníficamente, el texto completo de la única oración capaz de hacer auténticos milagros en las artes del amor. Y es que aquello de los tres clavos, en la forma en que lo decía la oración, era argumento contundente. ¿Cómo no llenarse de fe, al oír aquellas frases dichas por mi tía en tono dramático y desesperado?:

"Santa fuiste y eres, cuando clavaron a Cristo Nuestro Señor, los tres clavos le quitaste, uno al mar librasteis y otro consagrasteis a tu hermano el Emperador de las Batallas, el otro te quedaste tú con él; dámelo, no te lo pido dado sino

prestado para clavárselo a para que ni ausente ni presente tenga gusto ni sosiego, ni con hombres ni mujeres y que se acuerde antes de mí, que gima y llore".

*"Ten paciencia, señora
y pone en mí confianza,
que el que de Elena se vale
tarde o temprano alcanza".*

Frente a frente Santa Marta y Santa Elena de la Cruz entraban en descomunal competencia. En la tertulia se hacían dos bandos de señoras opinando unas y otras, hasta llegar a dudar de la santidad de Santa Marta, porque era su imagen, pintada en relucientes colores, la que campeaba en las casas de las mujercillas.

Cuando la discusión estaba en el punto más crítico, terciaba el autorizado criterio de doña Dorila, dando su veredicto:

—No hay que poner a los santos ni santas en competencia. Eso es pecado mortal. Lo que yo recomiendo, es rezar las dos oraciones; si una no resulta, la otra viene a remachar el clavo.

Y la vieja, socarrona, hacía su negocio con la venta de las dos oraciones y los cuadros de Santa Elena y Santa Marta, por partida doble. Los compraba baratísimos en las librerías y los vendía al doble, porque decía que ya el padre de La Dolorosa los había bendecido, y, naturalmente, el agua bendita es muy cara.

—Para tener a un hombre amarrado de la nariz, —contaba doña Talía—, no hay como envolver su retrato en un pedazo de calzoncillo usado, y poner ese envoltorio, debajo de la almohada. Aquel hombre se vuelve un santo; para él no hay más mujer que la esposa; jamás vuelve a ver ninguna "mantuda", y le será fiel hasta el fin de sus días.

—Para mí no hay como la candela en tres cabos, —contaba doña Raquel, tratando de superar el relato de doña Talía—. Se parte en tres cabos una candela, en cada cabo se escribe el nombre del infame y el de la rival; durante siete días, se vela el retrato del marido al revés; al terminar de quemarse el último cabo de candela, las lágrimas de esperma, al derretirse, forman la imagen de la querida, lo que quiere decir que el maleficio salió ya del cuerpo y del alma, de aquel pobre hombre embrujado.

Todas las mujeres asentían con gran admiración y fe, porque cada receta, les daba nuevas armas y métodos para asegurarse el amor de sus hombres.

—Y ¿onde me deja usted el cocimiento de agua bendita con las siete yerbas? —repuso Elena, mi tía política, tratando de imponer su ejemplo, como única mujer que nunca había sido engañada por su marido, gracias a que todas las mañanas rociaba la cama matrimonial con unas cuantas gotas de aquel menjurje.

Los chiquillos, que escuchábamos al otro lado del tabique, nos dormíamos oyendo los chistes y carcajadas estruendosas de mis tíos, que se burlaban de aquellas señoras ingenuas y creyenceras, que defendían apasionadamente su derecho al amor, como el primero de todos sus derechos.

¡Oh, aquellas tertulias de mujeres trabajadoras, discutiendo en mesa redonda, los complejos problemas del amor! ¡Quién hubiera grabado en cinta magnetofónica, aquellos pintorescos relatos contados con sana y limpia intención, como es la de tratar de conseguir el corazón del hombre que se ama desesperadamente!

¡Incomparables e ingenuos relatos de estas mujeres de mi barrio! Jamás olvidaré la ansiedad de sus ojos brillantes, el vigor de sus manos y la pasión de sus voces, reclamando las caricias y la protección del hombre querido, que nos da hijos, seguridad, penas y alegrías.

Excitados y temerosos los chiquillos comentábamos al día siguiente, en secreto, los relatos que oíamos contar en esas tertulias.

—¿Qué será eso de amarrar a los hombres? —preguntaba yo a mi primo Julio—. ¿Para qué los amarran?

El no me explicaba nada, me metía un codazo, censurando mi inocencia y me trataba de cavilosa, chismosa y lengua larga.

*

**

Por fin llegó el viernes, día de la gran aventura. Con gran diligencia y discreción, cumplimos todos los oficios que teníamos que hacer para ganarnos la confianza de los familiares.

A las seis en punto de la tarde mi primo salió disparado a cumplir su misión a casa de "La Trompuda". Yo me quedé en ascuas, imaginando extrañas fantasías y temblando de temor y curiosidad. Volví a ver al Ángel de la Guarda que, impávido, me miraba, y comprendí muy bien que él vivía en las nubes, ajeno a todas nuestras aventuras y correrías.

Más de una hora había transcurrido y Julio no regresaba. Sentada en el quicio de la puerta de mi casa imaginaba escenas macabras y me sentía cómplice de aquella peligrosa misión. ¿Se habría ahogado el pobre Julio al respirar aquellos humos diabólicos? ¿Habría caído sobre el brasero que fundía aquellas resinas envueltas en humo azul y verde? ¡Dios mío! ¿Qué pasaría allí dentro, en la casa de aquella mujercilla? ¿Por qué no regresaba mi primo?

No pude sostener más la angustia y la zozobra Desesperada me fui a gritar a la casa de "La Trompuda":

—¡Julio! ¡Julio!, ¿qué te pasa? ¿Por qué no salís?

Salí ligero, si no querés que te acuse.

Los fuertes olores del sahumerio y el humarascal envolvieron mis gritos.

La puerta se entreabrió dejando ver la cara del la mujercilla.

—No llore, muchachita de Dios, —me dijo—. ¿Por qué grita así? Vayase tranquila para su casa. Ahorita le mando a Julio. Tome, vaya comiéndose estos tosteles.

Ofuscada y temblando de miedo, regresé a la casa directamente a esconderme en el excusado, para ocultar mi excitación. Obediente a las recomendaciones de mi madre, tiré en el hueco negro la bolsilla llena de tosteles y cremas deliciosas. Me arrodillé en las tablas falsas y sucias de aquel excusadillo, y me puse a rezar la oración del Anima Sola, pues me sentí condenada y maldita, en el puro fondo del Purgatorio, como cómplice de aquella aventura. Los gritos de mi madre buscándome por todas partes quebraron el fervor de mi oración.

—¡Muchacha de porra! ¿Dónde te has metido? ¿Ya se te olvidó que tenías que ir a dejar las costuras a la Chola? Salí ligero de allí, "vagamunda".

Aquel mandado tan oportuno, fue mi salvación. No había caminado dos cuabras, cuando encontré a Julio. Quién sabe por qué se asustó tanto al verme. Me apretó muy duro los brazos, y sin son ni ton, me amenazó diciéndome:

—Dios guarde digas una palabra de esto porque te doy una buena tunda. Aquí tenes cuatro reales para vos y estos confites y caramelos. Anda vete ligero, que voy a traer dos cajetillas de cigarros para "La Trompuda".

Cuando regresé a la casa escondí los confites debajo de la almohada, y los cuatro reales íntegros los eché el domingo en la alcancía del Anima Sola, que me había ayudado a guardar aquel secreto.

Julio mantuvo siempre un inexplicable y hermético silencio. Jamás logré que me contara ni una palabra de aquella peligrosa y extraña aventura.

Un paseo en coche

A principios de siglo, el coche era el vehículo de transporte que circulaba profusamente en las calles empedradas de la capital.

Ese carruaje negro y de cuatro ruedas, tirado por dos caballos de relucientes cascos y conducido por el cochero que iba sentado muy orondo en el pescante fuera de la capota, sujetando con garbo y estilo las riendas y agitando el látigo sobre el lomo de los caballos, constituía para todos los chiquillos un inusitado espectáculo diario.

Todo era emoción y sorpresa para los niños que, sentados en el quicio de la puerta o en el cordón de la acera, veíamos con los ojos y la boca muy abiertos, los caballos relinchando y sacando chispas con sus cascos en el empedrado de la calle, cuando el cochero como un domador experto, los fustigaba con su látigo negro y reluciente para echar a andar su coche.

Nunca podré olvidar aquella cochera hedionda, llena de moscas, que colindaba con el patio de nuestra casa, en donde don Joaquín el cochero, en camiseta y con los pantalones arremangados, bañaba un par de caballos y les peinaba las crines con tanto amor que parecían arregladas en un moderno salón de belleza.

Dos o tres horas gastaba don Joaquín en aquella faena día" ria preparando el carruaje y los caballos. Mis primillos, que eran muy sácalas, le ayudaban quitando el barro de las ruedas, engrasando la capota, limpiando los vidrios y los faroles, lavando la boñiga y los orines.de aquel par de animales y poniendo los arneses a los caballos que relinchaban y pateaban al uncirlos al coche.

El viejo cochero egoísta y mal encarado explotaba el trabajo de los pobres niños; jamás se le ocurrió darles un paseíto, ni-siquiera una vuelta a la manzana. ¿Cómo iba desmerecer su carruaje montando en él a esos chiquillos sucios y desarrapados? Les tiraba una peseta desde el pescante y partía agitando el látigo como varita mágica que le aportaría muchos colones ese día.

Su primer viaje cada mañana era a la casa del Dr. Esquivel, que vivía en las cercanías del Parque Central; allí lo esperaba doña Lupita con un par de muchachitas rubias como angelitos delicados, para dar un paseo matinal por los alrededores de La Sabana; por eso el coche tenía que aparecer reluciente, impecablemente limpio, digno de clientes tan distinguidos.

No era solamente a nosotros los niños a quienes deslumbraban los coches de aquella época; también mi abuela, mi madre y mis tías admiraban esos carruajes y sentían

una negra envidia y reconcomio contra las gentes de "sociedad" que siempre andaban en coches y volantas.

Vivíamos en la avenida diez por donde pasaban obligadamente todos los entierros de los ricos y de las gentes de clase media.

—Allá viene un entierro ¡ya viene por la botica de La Dolo" rosa! —gritaban los chiquillos desde la acera anunciando el gran espectáculo.

Toda la gente de la familia, grandes y chicos, se movilizaban para coger el mejor sitio en la puerta y en la ventana a fin de poder ver muy bien el desfile fúnebre.

Mis tías dejaban la batea y se secaban presurosas el jabón de sus brazos; mi tía Carmen paraba la máquina de coser; mi abuela dejaba las tortillas en el comal, mientras mi madre y la tía Chana alzaban a los más pequeños que lloraba] a grito herido porque no podían ver los aurigas que elegantísimos dirigían el trote fúnebre de dos parejas de caballos que conducían el carro donde iba a su última morada el muerto ilustre, personaje de campanillas miembro de la alta sociedad.

Todos nos empujábamos unos a otros, amontonándonos en la acera mientras las tías repartían pellizcos y coscorriones porque olías también, igual que los niños, querían gozar el espectáculo completo hasta el último detalle.

Los ojos se nos iban de un lado a otro viendo las damas elegantes ataviadas con guantes, velos y sombreros negros que cabisbajas seguían los trotes de los caballos amaestrados que rítmicamente marcaban el paso del cortejo fúnebre y el dolor de los parientes, al seguir en limusinas cerradas, el triste desfile. Los señores vestidos de negro de pies a cabeza, lucían anteojos con cadenita de oro y leontinas brillantes en sus respetables abdómenes, e imponían respeto y silencio. Los cochas cubiertos totalmente de grandes coronas con cintas moradas con los nombres de las instituciones donde sirvió el muerto ilustre, nos parecían maravillosos jardines colgantes que dejaban una estela perfumada en aquel barrio de tanta miseria y pecado.

—¡Viejas peloterías! Métanse ya para adentro —gritaban mis tíos reclamando el almuerzo que había quedado olvidado, mientras las gallinas y el gato hacían de las suyas manoseando en el fogón las ollas y cazuelas.

Toda la vida familiar se detenía cuando pasaba un entierro de alto rango, pues era siempre un espectáculo único que rompía la rutina diaria del vecindario, provocando luego los más pintorescos comentarios llenos de rencor, de burlas y celos.

—¡Qué mundo este más enredao y más disparejo —decía la tía Chana, —a los ricos les sobra en qué gastar la plata: desde que nacen van sobre algodones, sobre ruedas

hasta la orilla de la tumba. En cambio los muertos de uno, que tanto se han jodido, los llevan al puro trompezón.

—Ya venís con el mismo cuento de siempre, si te punzas tanto para qué diablos salís a ver esos pendejos entierros, decía mi tío Daniel sacudiéndose los recortes de cuero del pantalón. —Déjense de vainas y de carajadas, —decía—, la verdad es que todos nos podríamos por igual, tanto los pobres como los ricos; ¿qué más da estar enterrado en una tumba de mármol o en la pura tierra allá en el Calvo?

Los mismos comentarios de siempre seguían la crónica de cada entierro, tomando cierto cariz filosófico que terminaba invariablemente citando las palabras del Evangelio: "Es más fácil para un camello pasar por el hueco de una aguja que entrar un rico al cielo".

*

**

En aquellos tiempos un paseo en coche abierto era una de las diversiones más famosas en los días de las fiestas populares de fin de año; los cocheros adornaban los caballos con guirnaldas de papel de colores y con cascabeles sonoros en las patas y en el cuello.

Por la calle de La Puebla desfilaban los coches llenos de gentes enfiestadas que gritaban su alegría navideña; los chiquillos brincábamos en la acera celebrando el espectáculo ajeno; las gentes nos tiraban desde los coches confetti y serpentinas, que ya mojados en el caño, recogíamos nosotros.

Un paseo en coche abierto costaba cinco colones; eso era un lujo imposible para los hijos de lavanderas y costureras. Ya lo teníamos bien sabido: "los pobres tenemos que ser siempre los eternos peatones en todo el mundo, ya se los he dicho mil veces", decía mi madre. "La pata no se hizo para los pobres".

Era una verdad dura y cruel que no lográbamos entender, que despertaba envidias y rencores terribles en nuestras almas infantiles, que se aplacaban un poco cuando la tía Chana hacía fantásticos planes soñando en que un día de tantos, nos iríamos con ella a dar un paseo en coche abierto por toda la ciudad y que otro día tal vez nos sacaríamos la lotería y podríamos ir todos a Puntarenas a conocer el mar, hasta la abuela, que a los sesenta años, aún no sabía lo que era aquella inmensidad de agua azul, verde y salada.

¡Qué sueños los de la tía Chana! Su fantasía ponía alas a nuestra imaginación en nuestras ansias de niños pobres, siempre con la boca abierta ante tantas cosas lindas, maravillosas y exquisitas que hay en los escaparates del mundo civilizado, prohibidas y negadas a millones de creaturas inocentes.

Nosotros éramos chiquillos prácticos y realistas nunca supimos nada de la historia del Pájaro Azul ni de la Carroza de La Cenicienta que brotó de una calabaza al conjuro de una varita mágica y por eso no esperábamos milagros ni suertes extrañas que pusieron en nuestras manos las muñecas de porcelana, las bolas de colores, las uvas y las manzanas rosadas que nos hacían la boca agua cuando pasábamos frente a las ventanas de los grandes almacenes.

—Eso no es para nosotros los pobres, esas cosas son para los chiquillos ricos como el gordinflón de doña Lupita, —explicaba yo a mis hermanillos y primos en tono despectivo, mordiéndome la lengua con gran dignidad y reconcomio.

—No sean tan tontos, cierren la boca y apuren el paso que tenemos todavía que ir a entregar esta canastada de tamales al barrio Amón, les decía arrancándolos del vidrio reluciente de aquella ventana de la Calle Central.

Las fantasías y los cuentos de la tía Chana ardían en los ojos y en los pies de mi primillo Kiko, que ya no aguantaba más los deseos de pasear en coche; se le había hecho una obsesión; atisbaba el momento en que llegaba cerca algún carruaje y sigilosamente se colaba en la joroba; varias veces los cocheros lo apearon a latigazos y llegó con las rodillas ensangrentadas y raspadas en el pedregal de la calle.

—¡Muchacho más necio! y más majadero, —decían mis tíos dándole un jalón de orejas y ordenándole un sinfín de mandados.

Los chiquillos mayores, igual que él, estábamos también alborotados, envueltos en aquel ambiente navideño y enrolados en los planes fantásticos de la tía Chana; rumiando aquel antojo insuperable, sentíamos que era más difícil que un viaje a la Luna. No nos resignábamos, no admitíamos la injusta discriminación cuando veíamos a nuestro lado que hasta las mujercillas, que no trabajaban en nada, tenían derecho a pasear muchas horas en coche. Planeamos entonces resolver por nuestra propia cuenta aquel urgente problema.

Todos los líos de los chiquillos, los sustos, las preocupaciones, los secretos y angustias infantiles, incomprensibles y ajenas siempre para las personas mayores, las comentábamos encerrándonos en el cuartillo del excusado de hueco, que en aquellos tiempos estaban instalados al final de los patios de las casas. Allí tramamos Julio y yo una tarde la estrategia a seguir para realizar aquel sueño imposible, aquella meta lejana y utópica; había que hacer realidad las fantasías de la tía Chana, aunque fuera mintiendo, aunque fuera robando.

Decidimos entonces saltar todas las barreras, las prohibiciones y las amenazas de mi madre y de mis tías y audazmente fuimos a la casa de "La Trompuda" a contarle el problema para conseguir con ella dos colones cincuenta céntimos para pagar el valor de media hora de paseo en coche. Ella, sentimental y generosa, con alma de buena

Samaritana, comprendió nuestra tragedia y como una hada madrina nos hizo el milagro.

Entre sus clientes había varios cocheros amigos que la servían al pensamiento, de modo que no tuvimos que contraer ninguna deuda, porque con sólo una señal que ella hizo a uno de sus amigos, subimos al carruaje abierto y cogidos de sus manos nos acomodamos muy orondos con ella, cinco de mis primos y hermanillos en el asiento de atrás y otros adelante, a la par del cochero, luciendo con gran osadía por media hora, nuestra felicidad indecible, y en aquella tarde navideña, inolvidable, recorrimos las calles de la capital desde La Sabana hasta San Pedro de Montes de Oca.

Naturalmente que tal aventura no podía quedar en secreto. Las vecinas cavilosas llevaron el cuento con la rapidez del rayo a nuestra casa, donde se armó la de San Quintín. El escándalo no podía ser más terrible contra el prestigio de toda la familia; eso de que cinco creaturas inocentes anduvieran paseando en coche con una prostituta era el relajo más acabado, la mancha más negra que había caído obre nuestra familia. Las señoras puritanas y virtuosas prohibieron a sus hijos que jugaran con nosotros. En consejo de familia, después de tremendas censuras y castigos, se decretó que había que echarle la cuerda de San Francisco al pobre Julio, un mecate blanco de manila que debía llevar amarrado a la cintura, adherido directamente a la piel, durante varios me-ses, como instigador de aquella aventura. En cuanto a mí, la penitencia fue subir de rodillas veinte veces la iglesia de La Dolorosa, rezando el Yo Pecador, por haber sido cómplice de aquel plan diabólico e inmoral.

La tía Chana tuvo que acompañarme varios días a la iglesia, como testigo ocular del cumplimiento de aquella sentencia. La verdad es que ella había sido la principal instigadora al engatusar a aquellos chiquillos con sus fantasías y sueños irrealizables.

No quiero que mi hija sea otra mula de carga

Los pobres no podemos arraigar por mucho tiempo en ninguna parte; hay que buscar el sol que más caliente. Allá por el año 1915 tuvimos que irnos a vivir a Heredia buscando mejor vida.

Una mañana salíamos del mercado mi padre y yo cargados de sacos y canastos repletos de papas, de maíz, de carne de chanco y rollos de hojas de plátano.

Era viernes y había que apurar el paso para llevar a mis tías y a mi madre todos los materiales necesarios para hacer cientos de tamales, encargados por las cafeterías y pulperías de la ciudad.

Bajábamos sudando a mares la calle pedregosa hacia el Barrio del Hospital bajo un sol abrasador que duplicaba la carga sobre nuestras espaldas, cuando oí una voz cariñosa que decía:

—Adiós mi hijita. ¿Qué se ha hecho, que no la he vuelto a ver?

Secándome el sudor de la frente traté de buscar entre aquel barullo del mercado la cálida voz que me llamaba desde lejos. Era la niña Cristina, mi maestra de quinto grado.

—Salude a su maestra. ¡Vaya, contéstele! No sea concha — dijo mi padre empujándome hacia ella.

—Buenos días niña Cristina, ¿cómo está? —le dije tímida" mente mientras escondía bajo los sacos y canastos mis horribles zapatos rotos y sucios.

—Idiay señor, ¿qué piensan hacer con esta muchachita? ¿La van a dejar así no más sin meterla a la Normal?

—Es muy difícil para nosotros, niña Cristina, —contestó mi padre acomodando sobre sus hombros unas enormes alforjas de mecate. —Es la mayor y tiene que ayudarnos a ganar el real.

—¡Dios guarde! —dijo la niña Cristina. Tienen ustedes que nacer todo lo posible para que esta niña estudie. Si no lo hacen, tarde o temprano les pesará ese descuido.

—A mi me gustaría muchísimo que ésta pudiera estudiar para que no sea tan bruta como nosotros, pero usted sabe, niña Cristina, que los pobres no podemos darnos esos lujos.

—¡No, no! Sea como sea, ustedes tienen que ponerla en la Escuela Normal. Ya saben, cuenten conmigo. Yo les ayudo en todo lo que pueda. Oigan mi consejo: algún día me lo agradecerán —dijo la buena maestra despidiéndose mientras sus manos suaves acariciaban mis trenzas empolvadas y sudorosas.

—Muchas gracias, niña Cristina... adiós.

Alzamos de nuevo la carga y apuramos el paso.

—¿Oíste lo que dijo la niña Cristina? ¿Te gustaría entrar a la Normal —me preguntó mi padre, emocionado y sorprendido a la vez.

—¡Ay, no! ¡Qué vergüenza! —repuse. Y la pobre mamá, ¿cómo la vamos a dejar sola con toda la obligación? ¿Y de dónde cogemos plata para pagar la matrícula, para comprar los libros y todo lo demás?

—¿Qué es ese cuento de tener vergüenza? ¿Acaso vos no sos igual a las otras muchachas? Por algo dice la niña Cristina que no debemos dejarte sin estudiar. Ya veremos, De algún modo salimos de enredos —dijo mi padre.

Seguimos caminando, jadeando bajo aquel sol ingrato del verano. Yo seguía las huellas que sobre el polvo caliente dejaban los zapatones de mi padre.

—¡Idiay muchacha. ¿En qué vas pensando? ¿Por qué te has quedado tan atrás? ¿No ves que ya es muy tarde?

No contesté nada. Tenía la boca seca, reseca, y no sé por qué la sangre me zumbaba en la cabeza y veía dando vueltas todas las piedras del camino que parecían repetir la recomendación de la niña Cristina: "Tienen que poner esta muchachita en la Normal. No se puede perder así no más".

¿Es que algún día podría yo tirar a la porra estos sacos y estos canastos, y llegar a ser una estudiante de la Normal? ¿Quién era yo para aspirar a subir aquella hermosa escalera, que va desde la puerta hacia los bellos corredores, donde se oían los gritos alegres de los estudiantes? ¿Podría yo también sentarme algún día en aquellos pupitres relucientes a escuchar las lecciones que los profesores impartían a cientos de muchachos? ¿Podría yo alcanzar aquellas negras pizarras, y cantar con todos las canciones sonoras que muchas veces mis hermanitos y yo escuchábamos desde la acera de enfrente?

¡Qué sucios y feos los zapatones de papá! ¡Qué torcidas y rotas mis pobres zapatillas negras! ¡Qué duro y difícil el camino para llegar a subir aquella escalera amplia y hermosa de la Normal!

*

**

Mi madre nos esperaba impaciente para empezar la gran tarea de hacer doscientos tamales de encargo. Los viernes y los sábados apuraba el trabajo y aumentaba el trajín de nuestra casa. Nadie tenía derecho a perder ni un minuto. Para todos, grandes y chicos, había mucho oficio. Puesto que todos comíamos, todos teníamos que doblarnos duro a trabajar día y noche, si era necesario. Sólo así podríamos tener asegurados el arroz, los frijoles y el aguadulce de todos los días.

A los más pequeños les tocaba limpiar las hojas de plátano y partir las amarras que desde la noche anterior se dejaban en agua para que amanecieran suaves; a los mayorcitos nos tocaba pelar montones de papas y chiles dulces y llevar los encargos a las pulperías y cafeterías. A la gente grande le tocaba cocinar, lavar y moler el maíz, picar la carne de chanco, guisar el arroz y hacer los tamales.

No había en ese tiempo molinos eléctricos para moler el maíz, pero los brazos fuertes de mi tía Carmen giraban y giraban cuatro y seis horas, quebrando los granos en una máquina de moler, roja, marca Moctezuma. La masa blanca y caliente salía, jaspeada con pedacitos de chile picante y terroncitos de chicharrón molido.

—¡Qué delicia de masa la de aquellos tamales que hacían las Gutiérrez!, —decían nuestros clientes.

La frente, las mejillas y los brazos de mi tía Carmen se inundaban de sudor. Cuando se detenía a descansar le temblaban los músculos como un motor encendido, golpeados por el brutal ejercicio. Ella se sentaba un ratito a masticar granitos de maíz y un terrón de dulce para coger aliento y seguir adelante para ganar el pan de cada día con el sudor de su frente.

No se podía perder tiempo ni descansar cuando mis tías y mi madre estaban como unas sacerdotizas, rodeadas de ollas, cazuelas, hojas de plátano, amarras, montones de masa, ollas de arroz colorado, etc., etc. para emprender con todas las reglas del arte culinario la gran tarea de rellenar cientos de tamales que iban cayendo uno a uno en las ollas de agua hirviendo que ocupaban todo el fogón de la cocina de mi abuela.

Mi madre era la empresaria que sabía distribuir muy bien el trabajo entre todos los miembros de la familia, asignándose ella la mayor responsabilidad y las tareas más duras. Todos le obedecíamos mientras ella revolvía en grandes baldes y palanganas enormes cantidades de masa, de manteca y de especias deliciosas.

Muy lejos había quedado el barullo del melado. Pero nuestra casa era igual o peor que el mercado de la ciudad.

Mi padre y yo tiramos toda la carga entre unos cajones de la cocina, y los chiquillos corrieron a buscar las famosas melcochas negras y tapitas de dulce que siempre les traíamos del mercado los viernes.

—Nos encontramos a la niña Cristina —contó mi padre mientras se secaba el sudor y buscaba un banco para descansar y poder relatar lo ocurrido con todo lujo de detalles.

—Dice la niña Cristina que tenemos que poner a esta muchacha en la Normal, que sería una barbaridad si la dejáramos en la casa, siendo tan inteligente y tan estudiosa. Nos prometió ayudarnos en todo lo que pudiera.

Esta recomendación de la buena maestra cayó como una bomba en aquel ambiente, provocando los más vehementes comentarios y protestas. Se armó la gran discusión y unos y otros analizaban el asunto como cuestión de Estado. Opinaban mis tíos zapateros, mis tías costureras, la prima lavandera, mi madre y hasta mi abuela. Todos opinaban, discutían, gritaban y se burlaban, porque consideraban fuera de lugar y fuera de la tradición familiar que algún miembro de esta familia trabajadora pretendiera ganarse la vida por otros medios que no fueran el trabajo de sus manos y de sus brazos.

—¿Qué es ese cuento de seguir con los libros para arriba y para .abajo? Eso es pura vagamundería, —decía mi tía Chana, mientras atizaba el fuego y alborotaba las chispas para dar énfasis a sus palabras.

—¿Quién nos mete a nosotros con una maestrilla entre la casa? No tiene uno ni para los frijoles y va a gastar en esas "pijadas".

—¿No nos hemos ganado la vida siempre sin necesidad de tanto libro ni de placas ni de títulos? —gritó mi tío martillando un pedazo de suela húmeda sobre la plancha de hierro.

—Esos son puros lujos pa'los de arriba. Lo que va a salir de esa muchacha es una señoritinga que no va a saber ni lavar el plato en que come. Ya lo verán —sentenció mi tía Carmen mientras molía el maíz.

—¿No nos hemos ganado la vida a punta de batea y de plancha, sin necesidad de tanta zarandaja? —agregó la mayor de mis tías, secándose en el delantal sus brazos morenos, cubiertos de espuma de jabón.

Mi madre entretanto bajaba las ollas de maíz caliente y las volcaba en enormes canastos de bejucos duros, para lavar los granos en la pila. El agua turbia de ceniza salpicaba sus pies metidos en grandes chancletas.

—Todo eso que ustedes dicen es muy cierto. Es la pura y limpia verdad. Gracias a Dios y a nuestro trabajo no nos hemos muerto de hambre y hemos podido vivir honradamente, — dijo mi madre sacudiendo los canastos en la pila. Pero la verdad es que todos, desde el más viejo hasta el más pequeño, no somos más que simples mulas de carga. ¿Cuántas horas hay que estar pegado a la batea para ganarse tristes quince pesos? ¿Cuántas horas tenemos que doblarnos sobre la plancha, el fogón y la máquina para ganarnos siquiera el arroz y los frijoles de la semana? Yo seré muy pretenciosa y muy aspirante, pero yo sí les digo a ustedes que no hay razón para que los hijos de uno sigan viviendo en este infierno de vida, que es como una maldición perenne sobre nosotros. Ya estoy harta de esta vida de perros.

—Díganme una cosa: ¿cómo no va a ser mejor y más cómodo ganarse cien pesos trabajando de maestra, que ganarse veinte pesos planchando y cosiendo ajeno? Ustedes podrán chillar y criticarme como quieran, pero lo que somos nosotros ponemos a ésta en la Normal.

—¿Están ustedes locos? ¿De dónde diablos van a coger para pagar la matrícula, los útiles, y todas las vainas y lujos que exigen en la Normal? —repuso mi tío Daniel encendiendo un cigarro.

—Pues hombre, si uno tiene fuerzas para trabajar y ganarse la vida, tiene también que tener fuerzas para sacar a los hijos de este infierno. Les digo que aunque sea quemándome el hilo de la vida ella irá a la Normal. De algo me han de servir estos dos dedos de frente que Dios me dio. Al menos para no cejar que ésta sea otra mula de carga como he sido yo. Mi muchacha irá a estudiar, brinque quien brinque. Para eso me estoy sudando día y noche, pegada a la plancha y a la batea.

Bajo la firmeza de aquellos brazos incansables quedó decidido y decretado por mi madre que yo iría a estudiar a la Normal, a hacerme maestra.

Por primera vez en esta familia constituida por zapateros, lavanderas, costureras y albañiles, se rompía la tradición de no ganarse el pan con el trabajo de las manos y los brazos.

Esta muchacha proletaria dentro de pocos años: ganaría cien colones o más trabajando como maestra. ¡Qué fortuna! ¡Qué porvenir brillante para la hija de esta lavandera rebelde que nunca había entrado al edificio de la Escuela Normal, pero que sabía que por aquella hermosa escalera se iba muy lejos, hacia un mundo nuevo y mejor, al cuál tenía derecho su hija!

Lo que yo fuera a aprender en las aulas de la Normal no era objeto de discusión. Eso no tenía importancia. Eso a nadie le preocupaba un comino.

¿Acaso se había oído alguna vez la palabra cultura en aquel ambiente cargado de humo grasiento, de gritos y congojas en que vivíamos todos amontonados? ¿Es que la cultura podía acomodarse entre tantas ollas negras, entre las bateas, planchas y canastos, sacos de carbón, chiquillos, montones de leña y mujeres y hombres trabajando como esclavos?

La decisión de mi madre se cumplió al pie de la letra. Allí estaban sus brazos fuertes garantizando con su trabajo de sol a sol mis estudios en la Normal. A la Escuela Normal, pues, la hija de esta lavandera. El lunes iría mi padre a matricularme.

*

**

Amaneció más temprano que nunca este lunes inolvidable. Desde buena mañana había un trajín en toda la casa como si se tratara de los preparativos de un gran acontecimiento: unas bodas o un viaje al extranjero.

Empecé por raspar el barro a mis pobres zapatillas y a fuerza de agua y betún logré sacarles brillo. "Cuando yo sea maestra me compraré muchos pares de zapatos: blancos, negros, de charol", pensaba, soñando ya con aquellos cien colones que algún día tendría en mis manos.

—Vení acá para restregarte bien esas orejas y para lavarte la cabeza, —dijo mi madre desenvolviendo un pan de jabón de chanco que en aquellos tiempos se usaba en todos los hogares pobres.

Armada de un gran peine, agua y jabón, me restregó el cuello, los codos y el cráneo, con sus manos duras de buena lavandera que sabía dejar como nieve las ropas más toscas y sucias del mundo. Limpia y bien peinada, con las trenzas muy apretadas, me dejó lista para salir de aquella casita humilde hacia la Escuela Normal de Costa Rica.

Mi padre se puso su mejor camisa, se limpió los zapatos como sólo lo hacía los domingos, y yo fui a buscar la nota que guardaba en un cajón, debajo de la cama.

—¡Apúrense! Váyanse ligero para que les rinda el tiempo —ordenó mi madre, tratando de disimular su emoción.

—Hasta luego, mamá...

—¡Hasta luego hija, hasta luego! ¡Que Dios los lleve con bien! Saluden a la niña Cristina, si la ven. Dejen la baranda puesta para que no se salgan los chiquillos.

Allá en el fondo del patio, sobre un barril lleno de agua, quedó la tuza de jabón vacía y una palanganilla de lata.

Era día lunes. Diez docenas de ropa sobre la batea esperaban las manos fuertes de mi madre. Ella tenía que seguir siendo mula de carga toda su vida.

Banderita azul

Mi padre con un gran canasto al hombro, repleto de bizcocho y tamal asado, me fue a dejar el primer día de clases a la Normal. Temeroso y discreto llegó hasta la esquina. Yo comprendí su gesto y le agradecí en el alma que no llegara hasta la puerta, pues me daba pena que alumnos y profesores vieran su facha humilde de hombre pobre y trabajador.

Así es este mundo. Los pobres tenemos tontamente que esconder la pobreza, avergonzarnos de ella como si fuera un delito.

Con las manos frías y la cara roja de vergüenza, subí las veinticuatro gradas de la escalera principal del edificio de la Normal, escalera que habría de conducirme a un mundo nuevo, maravilloso, lejano y extraño: el mundo de la cultura, de la ciencia, del arte, donde reinaban el idealismo, la espiritualidad y tantas otras cosas más que asombraron mi espíritu desde el primer día de clases.

Los poros de mi conciencia de muchacha de catorce años se abrieron como una esponja sedienta ante aquella gran aventura. Todo me parecía deslumbrante, nuevo, extraño y ajeno totalmente a mi vida. Como si hubiera entrado en un bello palacio de cristal, trataba de andar casi en puntillas, y temerosa abría mis ojos para ver todas las cosas, esquivando las miradas de ¡ los profesores que cordialmente saludaban a los alumnos que paseábamos por los corredores.

Desde el primer día recorrí todos los salones, las aulas, los laboratorios, los jardines, la biblioteca, todo, hasta llegar a la Sala Magna. ¿Magna? ¿Qué significaba aquella palabra? No lo sabía ni me atrevía a preguntar a nadie pero desde qxae entré en aquel gran salón sus enormes columnas blancas, los grandes ventanales y todo su ambiente me hicieron sentirme comió en un templo donde me parecía aspirar el aroma del incienso.

Allí en la Sala Magna escuché por primera vez el himno de la Escuela Normal de Costa Rica. ¡*Alma Mater!* ¡*Alma Mater!* Otra palabra nueva: ¡*Mater!*!, ¡*Mater!*! ¿Qué querría decir eso? Las estrofas del himno resonaban como un canto litúrgico en mis oídos, y, sin saber por qué, al escuchar aquel coro cantado por cientos de muchachas y muchachos como yo, un escalofrío recorrió mi cuerpo de pies a cabeza.

*"En la pena o en el triunfo,
el fulgor de tu estrella,
marcará nuestro rumbo,
nuestra senda abrirá".*

"El fulgor de tu estrella marcará nuestro rumbo, nuestra senda abrirá, nuestra senda abrirá"... Al conjuro de aquellos versos, yo, niña limpia y fervorosa, sentía una emoción indescriptible que penetraba profundamente los tejidos de mi alma, poniendo en tensión mi corazón, palpitante al entrar por primera vez en aquel mundo nuevo y prometedor.

Regresé a mi casa aquella mañana feliz llevando en mis manos la banderita azul de la Normal y los versos de aquella canción llena de esperanza.

Mis hermanillos me esperaban en la puerta de la casa. Un humarascal caliente y asfixiante inundaba todo el ambiente, porque el gran horno de la bizcochería encendía con furia los leños que preparaban las brasas para asar veinte cazuelejas de bizcocho, tamal y pan de leche.

—¿Cómo te fue? —me preguntó mi madre limpiándose las manos en el grueso delantal, mientras me miraba de pies a cabeza.

—Muy bien, muy bien, —repuse yo, rebosante de emoción y de alegría, sintiéndome ya persona importante, diferente, distinta, en aquella familia de gente trabajadora, que nada sabía de cultura, porque vivía en otro mundo.

Extendí la banderita azul ante la expectación de todos los familiares, expliqué su significado y les leí los versos del himno de la Normal, *Alma Mater*, subrayando aquello de fulgor de la estrella, que me había cautivado cual si se tratara de la estrella de Belén.

Con singular respeto, silencio y curiosidad, escucharon todos la crónica que hice de mi primer día de clases en la Normal.

—¿Y qué vas a hacer con esa banderilla? ¿Dónde la vas a poner? ¿Acaso aquí hay lugar decente para eso? —repuso mi tío Daniel en tono despectivo.

—Aquí la voy a poner, clavada en esta pared, cerca de la ventana para que la vean todos los que pasan por la calle, y sepan que aquí vive una muchacha normalista.

—Allí se te va a ahumar —dijo Daniel.

—Nada importa, —le contesté.

—Dale unos clavos y tráete el martillo, —ordenó mi madre al tío Daniel, mientras limpiaba con la escoba la pared amarillenta, para hacer sitio a la banderita azul.

Mis manos de estudiante unidas a las de mi madre colocaron con gran cariño aquel símbolo que luciría triunfante desde ese día en el ámbito de ese hogar proletario.

¡Oh, banderita azul que has llegado conmigo hasta el final de mis días, que me acompañas en la vejez! Te guardo entre los recuerdos más queridos de mi vida porque fuiste bandera de esperanza y de ilusiones invencibles en mi juventud.

De mi casa a la Normal, de la Normal a mi casa

De mi casa a la Normal, de la Normal a mi casa, mis pasos fueron abriendo un trillo de mil varas que yo recorría todos los días trayendo y llevando en extraña profusión las experiencias de colegio y los problemas diarios de mi hogar.

Aunque algún profesor cursi dijera alguna vez que había que dejar, como el paraguas y el sombrero en la puerta, las preocupaciones fuera del aula, yo sabía que eso era mentira, pues era imposible olvidar el asedio del casero que 'se presentaba implacable cada fin de mes a cobrar el alquiler, imposible no recordar la enfermedad del hermanito menor, cuyos gritos me perseguían aquella tarde lluviosa hasta doblar la esquina de la Plaza Flores.

Salir cada mañana temprano hacia el colegio con mis libros bajo el brazo era una experiencia feliz, una alegría nueva cada día y una escapatoria de aquel hogar estrujado y humiento.

Como si fuera entrando en un bosque desconocido, majestuoso y apretado de robles, de pinos y de cedros, yo aspiraba a grandes el oxígeno de aquel ambiente limpio, claro, alegre y vital de las aulas del colegio, que impregnaba todo mi espíritu y abría los poros de mi alma ingenua y limpia hacia rutas desconocidas y fascinantes.

¡Feliz encuentro aquel, decisivo en mi vida, con profesores de la talla de García Monge, de Omar Dengo y Carmen Lyra, cuya sabiduría infinita y cuyas manos generosas guiaron para siempre el destino de mi vida!

¡Oh, milagro extraordinario y sublime el encuentro feliz de almas jóvenes y corazones privilegiados, limpios y abiertos, que se saben dar con pasión sin límites a una obra de cultura y civismo ejemplar, como la que realizaron aquellos maestros y escritores costarricenses!

¡Oh, lecciones inolvidables, profundas y sencillas, que estremecieron de fe y de entusiasmo mi espíritu de muchacha adolescente, vibrante como una ramita tierna, al escuchar los elocuentes discursos de Omar Dengo y García Monge, quienes con voz clara, limpia y valiente, despertaban en nosotros los jóvenes, el amor a la verdad, a la cultura y a la justicia!

Con santa unción y cumpliendo al pie de la letra las recomendaciones que me hacía mi madre cada mañana al salir hacia el colegio, alistaba yo mi lápiz con buena punta y sobre las páginas blancas del cuaderno de apuntes anotaba las frases inspiradoras que iban tallando poco a poco las facetas de mi espíritu, que formaban mi inteligencia, mi voluntad y la moral de maestra, hija del pueblo.

Con místico fervor guardaba aquel cuaderno debajo de la almohada, y en las noches leía y releía a hurtadillas las frases de los grandes pensadores, de los clásicos, de los héroes y libertadores de la América Latina, de la Revolución Francesa, de Abraham Lincoln, que citaban los profesores de literatura y de historia.

Como las estrellas que en la niebla del crepúsculo se encienden tímidamente aquí y allá, fueron apareciendo en mi cielo gris rostros hermosos de amplias frentes, cabezas vigorosas, que yo imaginaba enmarcadas en resplandores de oro y plata, como los santos milagrosos que mi tía Chana veneraba y adoraba en una galería de estampas y cromos baratos comprados en el mercado de la ciudad.

El pensamiento encendido, tierno y apasionado de Martí, cautivó mi alma para siempre. Esta alma mía de cáscara dura y terrosa germinó en esperanza y fe arrobadoras al conjuro de su verso inmortal:

*"Con los pobres del mundo
quiero yo mi suerte echar"*

Con los pobres del mundo, —me decía yo—, es decir con nosotros, con los que vivíamos en ese barrio sucio, en aquellas casas feas y escorrochas; con los que trabajaban como bestias de caga de sol a sol; con todos los pobres del mundo, con todos: grandes y chicos, blancos y negros, con todos hay que jugarse la suerte.

¡Oh frase sencilla e inmortal, que ha movido millones y millones de conciencias en el mundo, y que penetró en mi alma hasta el fondo, como un rayo de luz, dándome conciencia de mí misma, de mi ubicación en esta sociedad injusta e inhumana!

Como pobre que era, aquellas palabras del gran poeta cubano enraizaron en mi alma, y desde entonces juré y rejuré jugar mi vida con las gentes de mi clase, con el pueblo.

Don Joaquín García Monge, comprendiendo muy bien que la chispa de aquel pensamiento había prendido en mi espíritu, me regaló un bello retrato de Martí con otra frase inspiradora, que acabó de remachar las convicciones nacientes en mi alma de muchacha insumisa y rebelde:

*"Yo sé de un dolor profundo
y de una pena sin nombre,
la esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo".*

Cada frase de estas laceraba mi alma, la ponía al rojo vivo y acumulaba pasión romántica por la justicia y la libertad.

Don Omar Dengo puso en mis manos la "Edad de Oro" de Martí, (cuyos relatos históricos sobre el padre Las Casas, Bolívar y el curra Hidalgo enardecían hasta el frenesí mi corazón de muchacha apasionada, que iniciaba sus fervores por las luchas que han librado todos los pueblos del mundo por conquistar su independencia y liberación.

Puse el retrato de Martí y su frase inmortal en la pared, a la cabecera de mi cama.

—¿Qué es esa carajada? —preguntó mi tío Daniel, sorprendido y extrañado.

—Es José Martí, el libertador de Cuba, escritor y gran poeta, —le contesté con cierto tono doctoral, alardeando ya de persona culta, que podía dar lecciones a aquellos zapateros y costureras ignorantes que no sabían —en aquellos tiempos— dónde estaba situada la Isla de Cuba y menos aún podrían saber nada de poetas, escritores ni libertadores de América Latina. ¿Cómo lo podrían saber, si ningún miembro de la familia había cursado la escuela primaria completa, si en la casa no había un solo libro de historia ni de literatura?

Todos los familiares se interesaron con gran curiosidad por saber quién era aquel señor de frente hermosísima y serena. Ante el retrato de Martí hicieron grupo y escucharon con atención respetuosa mi docta explicación.

Prometí a los chiquillos leerles en la noche "Los Zapatitos de Rosa" y "Los dos Príncipes", versos de Martí, que escucharon con respeto y admiración mi tía Carmen y el tío Daniel.

"In angello cum libello"
(En un rincón con un libro)

Kempis

Como arados que abren profundos surcos en la tierra negra y fértil, lista para la germinación fecunda, entraban en tropel en mi cabeza ideas nuevas, extrañas, atormentadoras, angustiosas, románticas, audaces y apasionantes, que se arremolinaban en mi espíritu de muchacha de diecisiete años.

Libritos diminutos en ediciones finísimas de los grandes autores uiniversales, clásicos y modernos, caían en mis manos cuando algún profesor o compañero amigo me los prestaban. Yo deseaba ardientemente tener dinero para comprar al menos "*Platero y Yo*", de Juan Ramón Jiménez, cuya lectura en las lecciones de castellano me llenaba de ternura y de amor por el burrito inmortal.

¿Cómo explicar a mi madre, sudorosa y acongojada por el trabajo agobiador, mi ansiedad por aquel libro y por tantos otros más que yo deseaba tener? Hacía pocas semanas mi padre haciendo gran alarde me había comprado un diccionario Larousse de segunda mano que cayó como un personaje intruso en el ambiente de la familia.

Sin comprender la importancia ni la necesidad de que yo tuviera aquel libro mi madre accedió, me dio el dinero para calmar mi antojo y salí corriendo a comprar una modesta edición de "*Platero y Yo*". Había caído en esos días un buen contrato de bizcocho totoposte y de tamal asado y por eso había buen humor en la casa. Podíamos despilfarrar unos cuantos centavos comprando un libro que nadie sabía qué era ni para qué servía.

Con aquel diccionario viejo, con "*Platero y Yo*" y la "*Edad de Oro*" de Martí, quedó inaugurada mi primera biblioteca que instalé en un cajoncillo de pino blanco clavado entre el marco de la ventana y la puerta de la calle.

El "*Repertorio Americano*" y las ediciones preciosas, "*El Ariel*" y "*El Convivio*", que publicaba el maestro García Monge, inolvidable y paciente sembrador de ideas, iba ampliando mi arsenal que yo cuidaba y guardaba como un tesoro, con inefable candor, a la par del camarín donde mi tía Chana tenía la colección más estupenda de rezos y novenas.

"*In angello cum libello*". En letras diminutas lucía ese lema en las ediciones difundidas por todas partes, con pasión ejemplar por el maestro García Monge. Yo lo repetía una y mil veces, así en latín, mientras imaginaba un rinconcito amable,

aislado, fresco y limpio para sentarme un rato tranquila bajo un silencio acogedor, a leer y leer por largas horas tantas historias hermosas, tantos bellos versos, cuentos y relatos que me maravillaban y reclamaban horas de ocio libre y un pequeño espacio, siquiera de un metro cuadrado, sin moscas y sin humo, dónde poder acurrucarme un rato con un libro en las manos, como lo sugería la frase del místico alemán.

Yo, pobre estudiante idealista y utópica, pretendía hacer realidad aquella frase de Kempis, en mi casa tan distinta y lejana del silencio y misterio acogedor de los conventos llenos de luces y sombras que invitan a la meditación serena y tranquila.

¡Pobre muchacha ingenua! parecían decirme a gritos las fauces abiertas del gran horno alfombrado de brasas rojas y humeantes, que sedientas esperaban tragarse los amasijos blancos de tamal y de bizcocho que en dos porrazos asaba aquel horno, dueño y señor de la empresa que dominaba la economía familiar.

La dura realidad se imponía. Imposible tener derecho a un rincón tranquilo dónde poder aislarse largas horas, como recomendaba Kempis.

Yo sentía un irresistible deseo y deber de compartir mis nuevas emociones y nuevos conocimientos con las pobres gentes de mi casa, esclavizadas por un trabajo agotador, que cumplían al pie de la letra el mandato bíblico de "ganarás el pan con el sudor de tu frente".

Con el sudor de aquellas frentes y de aquellos brazos inagotables estaba yo dándome el lujo de poder estudiar en la Normal, de estar largas horas sentada oyendo lecciones de literatura, de historia, de ciencias, de psicología. Muchas veces mi conciencia se estremecía cuando me asaltaban escrúpulos al pensar en el trajín de mi casa, mientras oía los relatos y la historia y mitología griega y egipcia que exaltaban el heroísmo y las hazañas de los grandes, personajes históricos, hasta el punto de que un día interrumpí a Carmen Lyra, mi profesora de literatura, para enfrentar a sus relatos líricos de los héroes mitológicos, el relato de la vida ejemplar y heroica de mi madre y de mis tías. Tal era la contradicción constante en que se debatía mi espíritu, desplazado del ambiente proletario hacia un mundo nuevo, diferente y distinto, espiritualizado por la cultura y el estudio.

Llena de remordimientos y de escrúpulos decidí levantar cátedra en aquel hogar de gentes sencillas donde yo iba ganando ascendiente como única persona culta que podía explicar con acierto muchas cosas que se discutían en la tertulia familiar, alrededor de las mesas de los zapateros o cerca del horno, cuyas llamas dibujaban en sombras chinescas las siluetas de los niños, de mi madre y de mi abuela en la pared de la cocina. Mi autoridad crecía y crecía ante aquel auditorio de gentes incultas, pero inteligentes e inquietas, a medida que yo les explicaba las teorías de Galileo y de Copérnico acerca del sistema solar, o cuando exponía las teorías de los fenómenos de los rayos, de las mareas y de las fases de la Luna. Naturalmente que siempre guardé mis reservas y fui discreta para no exponer jamás ante aquel público la teoría de la

evolución de las especies de Darwin. Sabía que circulaban por los púlpitos de Heredia muchas maldiciones y excomuniones peligrosas para los que se atrevían a divulgar esas teorías; además, yo misma desconfiaba y temía un poco las explicaciones de algunos profesores materialistas que sembraban dudas y reservas en el pensamiento de los jóvenes estudiantes. El caudal de mi sapiencia de estudiante de cuarto año se desbordaba generoso en la mente de todos los familiares, boquiabiertos al oírme decir unas cuantas frases elementales en francés o en inglés. Los chiquillos y muchachos aprendieron a decir "*good morning*" y "*bon jour*" y ya todas las mañanas nos saludábamos indistintamente en cualquiera de los dos idiomas.

Todo era admiración, novelería; envidia y a ratos sordo temor de que me envaneciera y defraudara la tradición de esta familia integrada siempre por gente sudorosa, recia, de manos callosas y fuertes, que se enorgullecía de su estirpe de pueblo.

Mi madre puso freno oportunamente a ese riesgo. Con gran sabiduría y movida por la necesidad, desde el primer día de vacaciones me imponía una enorme tarea en la bizcochería, que yo cumplía puntualmente, trabajando ocho y diez horas diarias, mientras en mi cabeza daban vuelta y se fermentaban todos los conocimientos que había aprendido en el último año lectivo. Reflexionaba en la más alta lección: saber pasar del pupitre charolado y brillante del colegio al banquito humilde de madera, a ganar el pan diario con el sudor de mi frente, igual que mi madre, mis tías, mi padre y todas las generaciones que me antecedieron.

Nuestra empresa casera crecía diariamente. Eran los años de la primera guerra mundial, no venía harina de los Estados Unidos y por lo tanto el maíz era la materia prima para suplir la falta de pan de trigo. El negocio de la bizcochería era espléndido: teníamos la mejor clientela de Heredia porque el totoposte que hacía mi madre con una receta inventada por ella era único por su sabor, por el punto quebradizo, tostado, que se deshacía y esponjaba en roscas saladas que rebalsaban las tazas de café negro y caliente.

Las gentes de "sociedad" hacían grandes encargos para llevar en los meses de verano a sus fincas. Mis hermanillos los llevaban en sacos de manta a las principales familias de la ciudad quienes pagaban a contado.

No dábamos abasto: muchas veces para Semana Santa, por ejemplo amanecíamos trabajando para cumplir los encargos y contratos que traía mi padre de toda la ciudad.

El auge de la empresa se fue reflejando en mi biblioteca; ya no cabían los libros en el cajoncito de pino blanco. Como yo trabajaba con gran eficiencia en la bizcochería, mi madre me estimulaba dándome dinero para comprar los libros que yo necesitaba.

Al par que entraban los grandes leños de madero negro y de guachipelín dorado para calentar aquel horno de cuatro metros de superficie, entraban también por la misma puerta, para mi biblioteca, los más variados y grandes autores de la literatura

universal recomendados por los profesores de la Normal y por estudiantes amigos: Tolstoi, Emerson, Carlyle, Tagore, Ruskin, Dickens, Darío, Wilde, Mistral, Rodó, Fray Luis de León y tantos otros más encontraron sitio en nuevos cajones que los resguardaban del polvo y el humo que se respiraban en aquella fábrica de bizcocho y tamal asado.

Traqueaban los leños encendidos en el vientre del horno siempre voraz, cuyas llamas hacían chirriar en lágrimas hirvientes la savia que traían, los troncos recién cortados; traqueteaba también mi alma tierna y pura, asombrada y perdida en la lectura de aquellos autores que abrían grietas profundas en mi pensamiento virgen, afortunadamente libre de prejuicios filosóficos y de lastres de falsa erudición.

Allí estaba el cáustico Almafuerte con sus "Imprecaciones y Lamentaciones" candentes y ácidas, echando sal en mi alma insumisa y rebelde:

"Para subir hasta Jesús hay que bajar hasta Dimas, y para llegar hasta Dimas hay que dejar muy arriba el éter irrespirable de los inocentes y de los puros".

"No creas en la predicación de aquel abate perfumado de heliotropo, que sube a su púlpito con el corazón lleno todavía de las suaves ; impresiones de las Conferencias de San Vicente y de las fiestas de caridad de las duquesas y que cruza después como un César, sudoroso entre sus encajes, por aquella elegantísima multitud cuya emoción artística él ha producido y cuya admiración él ha conquistado".

"Cree, si, en el propio San Vicente de Paul; si, en el apostolado de aquel sacerdote ciego de caridad, enloquecido de evangelización, que ora se lanza por los desiertos de África y ora se mete en los tugurios de la ciudad, que son los desiertos de la civilización, para salir de ellos torturado de dudas, cubierto de maldiciones y carcomido de remordimientos".

Almafuerte
(El Misionero)

Allí estaba Darío con sus "Motivos del lobo" poniendo sombras de pesimismo y desolación en mi espíritu. Más allá "El Príncipe feliz" y el "Cumpleaños de la Infanta", cuentos preciosos de Oscar Wilde, que yo leía con inefable dramatismo y a mis hermanillos y primos hasta hacerlos llorar, acurrucados en un camión duro y desvencijado. Más allá "La luna nueva" y el "Jardinero", de Tagore, cuyo misticismo poético era música celestial que caía como fresco rocío en mi alma tan ajena a la filosofía espiritualista del gran poeta hindú.

Como pepitas de oro entre las piedras y arena del río fueron en mis manos "Las hojas de hierba" de Walt Whitman. Hay gentes y libros providenciales que se cruzan en nuestro camino y que deciden como brújulas certeras nuestro destino para siempre.

Soplan toda la hojarasca que nos envuelve y esclarecen nuestro pensamiento, dándole rumbo seguro y definitivo a nuestra conciencia, cuando allá, cerca de los veinte años andamos perdidos entre las sombras y claros de tantas filosofías que deslumbran y encandilan nuestro espíritu.

"Las hojas de hierba" con el formidable "Canto a mi mismo" estremecieron hasta los más profundo de mi ser las tiernas raíces de mi incipiente pensamiento filosófico. Una savia vital, fresca, vigorosa y clara circuló por mis venas, lavando dudas y temores, pesimismo y prejuicios que debilitaban y carcomían mi alma.

Yo, que andaba por los cerros de Ubeda, tratando de anidar mi alma en las nubes "lejos del mundanal ruido", entre fantasías y utopías lejanas, me vine rodando, dando tumbos y saltos hasta clavar mis pies en esta tierra, sobre la cual tenía que hacer mi vida como todos los mortales, al lado de todas las gentes, entre los buenos y los malos, sin remilgos ni reservas.

Mi alma se despejó para siempre al conjuro de aquellos versos inmortales que fueron desde entonces mi nuevo evangelio, seguido con pasión y candor inefables.

Compré una libretita fina de canto dorado y con letra perfecta copié los pensamientos que más me impresionaron:

"Digo que el alma no es más que el cuerpo" "Digo que el cuerpo no es más que el alma"

"Nada, ni el mismo, Dios, es más grande para cada cual que su propio ser"

"Digo que cualquiera que anda doscientos metros sin simpatía, marcha envuelto en un sudario a sus propios funerales"

"¿Orar? ¿Para qué? ¿A quién? Mi cabeza no está hecha para reverencias ni mi boca para zalemas"

"Existo cual soy, eso me basta, si nadie lo sabe, eso tampoco amarga mi satisfacción, y si lo saben todos, igual es mi satisfacción"

"Creo en la carne y en sus apetitos"

"Ver, oír, tocar, son milagros; cada partícula de mi ser es un milagro"

Vergüenza

*"Amarás la belleza que es la
sombra de Dios sobre el Universo"*

Gabriela Mistral

Al salir una noche de la biblioteca de la Normal, junto con otras compañeras amigas, se acercó don Omar a nuestro grupo a charlar con nosotras, y como se hiciera tarde nos ofreció gentilmente, acompañarnos a las que vivíamos más lejos, allá por el barrio del Hospital de Heredia.

Sin comprender la noble intensión de aquel maestro amigo, verdadero educador de los jóvenes, yo sentí un sobresalto, un susto, una vergüenza indescriptible, al ver que don Omar iría con mis compañeras a transitar el mismo camino barrialoso, por donde viajábamos nosotros todos los días de la casa a la Normal.

Yo deseaba esa noche que me tragara la tierra, que sucediera algo inaudito, terrible: un temblor, un incendio, algo ¡Dios mío!, que pudiera detener sus pasos antes de llegar a la puerta desvencijada, sucia y oscura de mi casa, como muchas otras de los barrios del sur de la ciudad.

Sin darse cuenta de mí preocupación, don Omar fue caminando y conversando con nosotras. Hizo grupo con las tres muchachas que vivían frente a mi casa y luego, atravesando la calle, insistió en dejarme en la propia puerta de mi casa que, por gran suerte, estaba cerrada.

Al oír la tertulia de nuestro grupo mi madre y la tía Chana se asomaron por una rendija y se dieron cuenta de que eran estudiantes vecinas del barrio.

Abruptamente me despedí de don Omar, empujé la puerta de un solo refilón y me metí jadeando con el alma en un hilo.

—¿Qué son estas horas de llegar? ¿De dónde venís? ¿Quién era ese señor que conversaba con ustedes? ¿No ves que son casi las nueve de la noche? ¿Qué va a decir la gente? ¡Que soy una vieja alcahueta! —dijo mi madre enfurecida.

—Es don Omar mamá, el director de la Normal; viera cómo conversa de lindo; se le pasan a uno las horas oyéndolo hablar.

—¿Qué diablos es lo que hablan tanto? —inquirió mi tía intrigada y desconfiada—. Si tuvieran que madrugar, como uno, no le darían rienda suelta a la lengua hasta media noche...

—¿De qué querés que hablen? Pues de libros y de más libros. ¿No ves cómo nos tiene esta muchacha la casa? Hasta debajo de la cama acomoda esos condenados papeles que me tienen hasta la coronilla, —dijo mi madre molesta por haber llegado yo tan tarde y, como si fuera poco, acompañada de un hombre totalmente desconocido.

—Por dicha que ese señor vino de noche y no se dio cuenta del chiquero en que vivimos, —agregó mi tía mientras sacudía el colchón.

—Aquí no me volvés a llegar a estas horas de la noche y menos acompañada de hombres que uno ni conoce, —dijo mi madre en tono severo y dogmático.

—Ya ves, yo te lo dije: esta muchacha tan recogida y tan buena se va a echar a perder en esa callejeadera que se tienen todas las normalistas. ¿No era mejor que estuviera aquí, a la par de nosotras, trabajando sin correr ningún riesgo? —repuso mi tía preocupada.

Aturdida y confundida por la reprimenda injusta de mi madre y recordando al mismo tiempo los bellos comentarios que nos había hecho don Omar a lo largo del camino, me desvelé largas horas sin comprender los prejuicios de mi madre y de mi tía Chana.

Más de una semana anduve a monte por los corredores y aulas de la Normal, tratando de no dar la cara a don Omar, que por sus propios ojos y discreto corazón se había enterado dónde vivía su alumna, muchacha de ceño adusto, que sin pestañear escuchaba sus maravillosas lecciones y discurso:, envueltos en gestos que encantaban su alma elevándola como un papalote, alto, muy alto, sobre los techos de aquella ciudad.

El lunes siguiente la bellísima alocución de don Omar, presentándonos el "Decálogo de la Belleza", de Gabriela Mistral, fue como un caleidoscopio que ante mis ojos, en juegos de colores, despertaba mi imaginación y fantasía.

Al regresar a mi casa traté de recordar aquel decálogo hermoso y profundo, incomprensible para mi, pobre estudiante que apenas empezaba a asomarme tímidamente por los vericuetos del arte.

Lo aprendí de memoria, igual que había aprendido sin comprender Los Diez Mandamientos de la Ley de Dios. Enfrenté este decálogo a las leyes de Moisés y lo tomé como una nueva profesía que a mis oídos sonaba llena de encanto:

"Amarás la belleza que es la sombra de Dios sobre el Universo"

Pero la sombra de Dios era restringida, corta y lejana, no llegaba hasta los pobres barrios del sur de la ciudad. Yo volvía a ver todas las cosas a mi alrededor: mi casa humienta, la calle estrecha y sucia, las gentes sudorosas trajinando de aquí para allá, las caras sucias de los niños jugando en las aceras, los perros sarnosos buscando un hueso que roer, mientras hacía esfuerzos indecibles para comprender la filosofía de aquella prosa honda y bella.

Muchos, muchísimos años después, logré entender que los goces espirituales del arte y la cultura, del progreso y la civilización, están racionados o negados totalmente a millones y millones de gentes en el mundo.

Vocación

*"¡Señor! tu que enseñaste, perdona
que yo enseñe; que lleve el nombre
de maestra, que Tu llevaste por la
tierra".*

*"Dame el amor único de mi escuela:
que ni la quemadura de la belleza
sea capaz de robarle mi ternura de
todos los instantes'.*

*"Muéstrame posible tu Evangelio en
mi tiempo, para que no renuncie a
la batalla de cada día y de cada
hora por él".*

Gabriela Mistral.

Como hermana mayor de siete chiquillos y como prima de once primos ejercí desde muy niña el liderato de esa tropa infantil, cosecha abundante de la indiscutible y probada fecundidad de mi madre y mis tías, vigorosas mujeres de anchas caderas y turgentes senos, que daban hijos al mundo todos los años, sin pensar ni discutir teorías biológicas, morales ni económicas.

Nacían los chiquillos porque sí. Era otro de los tantos oficios y obligaciones que cumplían con toda naturalidad las mujeres de la familia, sin quejarse, sin protestar, encontrando siempre campo para acomodar los nuevos retoños de esta cepa fértil, inagotable, que se extendía como la verdolaga.'

Quizá el entrenamiento que hice chineando un sinfín de güilas de todas las edades y la responsabilidad que cayó sobre mis espaldas desde la edad de siete años, decidieron en parte mi vocación de maestra que yo tomé tan a pecho como lo haría una novicia al adoptar los hábitos religiosos.

Como miel sobre hojuelas cayó en mis manos en esos días la "*Oración de la Maestra*", de Gabriela Mistral, que también aprendí de memoria inmediatamente, sintiendo tal fervor que decidí ir a la Parroquia de Heredia a rezarla con devoción conmovedora para pedir al Señor me ayudara a cumplir el apostolado que tomaba en mis manos de muchacha aún adolescente.

La recité una noche a mis tías y a mi madre, quienes la escharon como un nuevo rezo, pero sin comprender el sentido filosófico de aquella prosa inspiradora.

—¿Y esa oración está bendita? ¿Se puede rezar como las otras? —me preguntó mi tía Carmen, deteniendo la rueda de la máquina de coser y con tono desconfiado.

—Claro que sí —afirmé yo en gesto de audacia inexplicable que no dejaba la menor duda.

Armada con esa oración que caló muy hondo en mi pensamiento me sentía audaz, valiente y escogida por Dios para ejercer el apostolado de maestra, para guiar parvadas de niños de mi patria hacia el mundo del saber y de la cultura; me sentía fuerte, capaz de echarme a la espalda todos los niños del mundo, tal como lo hiciera el gigantón de San Cristóbal al cargar el niño Jesús en sus hombros.

El hueco de la rosca

Las preciosas rondas de niños de Gabriela Mistral, la bella prosa de la "*Luna Nueva*", de Tagore, la historia de la escuela de Santiniketan y de Yasnaia Polania, las teorías de Rousseau, de Pestalozzi y Froebel, creaban mil fantasías en mi mente, haciéndome soñar en utópicos proyectos a los cuales yo ofrendaría mi vida entera, tal como lo hicieran aquellos grandes educadores de la humanidad.

Las ciencias pedagógicas, la psicología y la literatura infantil, la historia de la educación, eran estudios que absorbían totalmente mi interés, que descubrían ante mí las capacidades maravillosas y creadoras del mundo de los niños, sus grandes posibilidades como reserva y futuro de una humanidad perfecta, justa, libre y feliz, como una Arcadia que los maestros podríamos construir haciendo realidad las teorías que aprendíamos en aquellas inolvidables lecciones de la Normal.

Absorta en la lectura de los libros de educación, hacía planes fantásticos, soñando con una escuelita rural, "lejos del mundanal ruido", en un bosque lleno de pájaros y de flores en donde yo, como una pastora ingenua, cuidaría aquellos niños hipotéticos como si fueran querubines recién bajados del Cielo. Con amor profundo experimentaría en ellos las más modernas teorías pedagógicas, de moda en aquella época.

Pero los sueños, sueños son: a los libros y a las exposiciones de los profesores, yo enfrentaba mi propia realidad, mi propia vida de muchacha, hija del pueblo; la vida diaria de mi madre, de mis tías y de las vecinas del barrio, cuya única pedagogía para educar sus hijos eran los gritos, el chilillo, los jalones de orejas, los pellizcos, las trapeadas y las amenazas con el diablo y el infierno.

Grietas profundas entre la teoría y la realidad desajustaban en mi mente la lógica que parecía clara y sencilla en las lecciones de los profesores, lecciones que yo escuchaba con cierto recelo, pesimismo y desconfianza, como si estuviera al pie de una enorme pendiente, imposible de ascender. Desde abajo yo me planteaba todos los problemas en trazos negros. No veía horizontes, perspectivas ni soluciones. Esta tenaz terquedad me hizo ganar fama de que yo solamente veía "el hueco de la rosca", según decía mi querido profesor don Omar.

Sentía una urgencia inaplazable de poner en práctica todas aquellas interesantes teorías pedagógicas, empezando con los propios chiquillos de la familia que sudorosos y pícaros se me escapaban como conejos para irse a jugar a la huelga del barrio o al potrero más cercano.

Yo tenía que hacer la prueba, que imponer mi autoridad de maestra, de persona letrada que traía a este hogar los más modernos y revolucionarios métodos pedagógicos. Tenía que ganarme a aquellos niños tratándolos con toda la técnica científica, tal y como lo aprendía en los libros de psicología infantil.

Limpié la parte de atrás del galerón donde se guardaba la leña y allí, con bancos y cajones y con una tabla vieja, que sirvió de pizarra, instalé mi primer aula y di mis primeras lecciones de acuerdo con las artes de la pedagogía moderna.

—¿Qué brujerías estará haciendo esa muchacha para tener tan callados esos confisgaos chiquillos? —dijo mi madre asomándose con sigilo mientras yo les leía las primeras páginas del libro "Corazón".

—Condenaos muchachos, creí que estaban haciendo alguna diablura —agregó mi madre sorprendida a ver la magia de mi pedagogía. Magia derivada del estudio, de los métodos que yo pretendía experimentar en el alma de aquellos niños, criados en la austeridad de la pobreza y del trabajo, libres de sentimentalismos y contemplaciones, pero quizá llenos de ansias, de envidias, de represiones y celos.

*

**

Al llegar de la Normal una tarde encontré a Kiko, mi primillo de diez años, arrodillado en el galerón, cumpliendo un castigo de tres horas que le había impuesto su padre por haber perdido dos colones en el trayecto del mercado a la casa.

Allí tenía que estar solo, aislado de todos, en la oscuridad, después de haber recibido una chilillada que le dejó largos ramalazos morados en las piernas y en sus flácidas nalgas. Lloraba a lágrima viva reclamando perdón a su delito. El tenía que cumplir su condena, nadie podía revocar aquella sentencia ante la autoridad implacable de Ramón, mi tío político, albañil recio y duro como la piedra y como el cemento que manejaban sus manos toscas. Nadie chistaba: los chiquillos como en misa y desde lejos miraban al pobre Kiko sometido al suplicio y las mujeres se mordían los labios de pena ante el castigo que sufría aquella criatura inocente.

Las lágrimas del niño cayeron como un rayo sobre mi corazón, encendieron mi cólera y con gran autoridad pedagógica tomé del brazo a Kiko, lo levanté y lo escondí detrás de mí para protegerlo de la furia salvaje de su padre.

—¡Con todos los diablos! ¿quién manda en esta casa, esta encanijada o yo? —gritó mi tío Ramón empujándome para arrancar el chiquillo que colgaba como un mono prendido de mis enaguas azules.

—Usted no manda nada aquí. ¡Váyase al diablo mil veces! Se las da de valiente con el pobre Kiko porque es un chiquillo enclenque —le contesté enfurecida, defendiendo

con valor inaudito al mococillo que temblaba y gritaba exageradamente hasta provocar la intervención dramática de todos los familiares.

Unos y otros terciaron tomando partido a favor o en contra de esta muchacha insolente y audaz que tiraba por tierra la autoridad de aquel áspero albañil, padre de familia que repartía chilillo a diestra y siniestra como si fuera un domador, único método de imponer su autoridad.

Las más absurdas tesis opuestas sobre la educación de los niños y sobre la autoridad de los padres y el respeto de los hijos hacia las personas mayores se discutieron esa tarde, ante el incidente gravísimo que había provocado yo al violar la sentencia impuesta al pobre Kiko, que asombrado y seguro detrás de mí, se limpiaba los mocos y las lágrimas en mis desteñidas enaguas.

Al fin ganó mi tesis porque siendo inteligente y justa contó con la aprobación de mi madre y de mi tía Chana, cuyo criterio se imponía siempre en el seno de esta familia.

Mi abuela llamó a Kiko aparte, a la cocina, y allí, a la par del fogón, le dio un gallito de tortilla tostada con queso frito, consintiéndolo así para ayudarle a olvidar su pena. Ante la expectación y la envidia de los otros chiquillos, se lo aturuzó de un solo bocado y salió, triunfante, feliz, disparado a jugar quedó.

Volví a mis libros en la noche cuando se impuso la calma de nuevo. Tenía al día siguiente un examen de psicología infantil y otro de metodología. La batalla que yo había ganado aquella tarde en defensa del pobre Kiko parecía reflejarse en las páginas de los libros, me daba lucidez extraordinaria y clarividencia que confirmaban mi lealtad y valor de estudiante que hacía mis primeras armas en defensa de los principios de mi incipiente filosofía de maestra.

Al levantarme en la mañana mi madre me comunicó con gran preocupación que Ramón y mi tía Carmen, su esposa, habían decidido irse de nuestra casa, pues consideraban una afrenta sin nombre la humillación que yo les había hecho al intervenir en defensa de Kiko. Ramón no podía seguir soportando mi insolencia ni mis fachentadas. Buscó trabajo en Limón y se fueron a vivir al puerto.

Esta nueva situación hizo crisis aguda en la economía de nuestra familia. Nosotros solos no podíamos sostener el pago del alquiler de aquella casa que si no era bonita ofrecía en cambio gran comodidad para las instalaciones de la bizcochería. Nos vimos obligados a salir de Heredia, a buscar nuevos rumbos. Afortunadamente un amigo de mi padre le ofreció un buen contrato para dar la comida a los reos de la Peni y para lavar la ropa de los soldados del cuartel de La Artillería. Estas magníficas perspectivas nos abrieron de nuevo el camino hacia la capital allá por el año 1922, fecha de mi graduación.

Graduación: 1922

Y volvimos de nuevo a San José, otra vez al barrio de La Puebla, ahora más civilizado, pues la zona de tolerancia había sido desplazada a otros barrios del Sur, en vista de que en las vecindades de la iglesia de La Dolorosa se había construido el edificio de la escuela "*Porfirio Brenes*".

De nuevo se aposentó como dueño y señor de la casa el gran horno de la bizcochería, muro de piedra y ladrillo que nos cerraba el paso para imponer el calor de sus brasas rojas y de su humo asfixiante.

¿Cuántos años tendríamos que seguir viviendo con ese monstruo negro incrustado en nuestra propia casa? Como una roca inamovible nos arrinconaba, nos empujaba a todos, chupándose hasta la última gota de aire fresco. Su enorme bocaza abierta se tragaba mi pregunta impaciente, la calcinaba y la convertía en cenizas, igual que los leños secos de guachipelín y de madero negro.

Una sed vengadora me hacía soñar en un día feliz en que derribaríamos al monstruo, lo echaríamos puerta afuera con sus lenguas de fuego, con sus nubes de humo negro y sus cáusticas cenizas; y nuestra casa sería limpia, fresca y clara.

Fantasías simples fantasías de muchacha pobre. Aquel brasero reverberante era el que nos daba el sustento diario, el dinero para comprar mis libros, y este año de mi graduación había que atizarlo más para poder comprar mi vestido blanco, mis zapatillas nuevas y pagar los derechos del título de maestra, graduada en la Normal.

—Nada de lujos, —dijo mi madre, dentro de su línea de austeridad y modestia.

—Habrá que calzar por lo menos a los dos mayores; sería una vergüenza que fueran descalzos ese día, —repuso mi tía Chana.

—Yo les regalo los zapatos, dejen eso por mi cuenta —dijo el tío Daniel.

—Y yo hago una olla de rompopo —dijo mi abuela asomándose por la ventana de la cocina.

Planes y más planes hacíamos todos los días tratando de resolver los múltiples problemas que viven las familias pobres, desde el cuidado de los niños más pequeños hasta el gasto que significaba comprar vestido nuevo de casimir y zapatos a mi padre, vestidos para la tía Chana y para mi madre.

Pasaron los meses y por fin llegó diciembre. Rebosante de orgullo y de alegría comuniqué a todos los familiares que había ganado mi quinto año y que era maestra normalista.

Admirados y sorprendidos a la vez, todos me hicieron rueda, preguntándome detalles de las notas, de los premios y de los preparativos de la graduación.

Me sentía como en un trono, rodeada de admiradores: había ganado una gran batalla, no solo para mí, sino para esta familia obrera que a través de mí, empezaba a incorporarse al mundo de la cultura.

—Vean, no sólo hay que pensar en la fiesta y en los vestidos también hay que dar gracias a Dios por lo que nos ha concedido, —dijo mi tía Chana, recordando a mi madre que había que pagar la promesa que ellas habían ofrecido a la Virgen del Socorro si yo salía bien en mis estudios.

—¡Qué viejas más necias! —repuso el tío Daniel. Esta ha triunfado porque es muy fajada, eso es todo, no la enrolen en cuentos de milagros ni en esas babosadas de promesas. Ella y ustedes son las que se han sudado la chaqueta.

*

**

El 17 de diciembre de 1922 había en la acera de la Normal, desde antes de las siete de la noche, seis de mis parientes esperando que abrieran la puerta de la Sala Magna para entrar los primeros al gran salón.

Todos iban muy bien peinados, estrenando zapatos y vestidos. Mi madre como nunca la había visto: llevaba un bello vestido de crespón azul con botones plateados; mi tía Chana, siempre fresca y guapa, lucía sus grandes trenzas negras sobre un vestido fresa, lleno de vuelitos de encaje; mi padre, con su cara de prócer, lucía su gran bigote en juego elegantísimo con su vestido nuevo y su corbata roja. El tío Daniel, limpio como un ajito, no parecía el zapatero mal hablado y respondón, sino un caballero distinguido y decente. Los dos chiquillos como muñecos permanecían paraditos sin atreverse a ocupar ningún asiento. Con la timidez sincera y respetuosa de los pobres mis seis parientes buscaron campo en las sillas de la fila izquierda. Sorprendidos admiraban la elegancia y solemnidad de la Sala Magna, mientras esperaban ansiosos el espectáculo donde yo aparecería luciendo mi vestido blanco de estudiante que recibía el título de maestra.

Todos los muchachos y muchachas en alegre algarabía vivíamos en el aula las últimas horas de esa limpia amistad de los jóvenes estudiantes que, ingenuos y felices, creíamos tener el mundo en las manos al recibir un título profesional.

Yo, metida en un vestido de lanita blanca adornado con bandas de seda reluciente, me sentía extraña y nerviosa, me mordía las uñas, mientras las manos frías y las mejillas ardientes acusaban mi intensa emoción.

A los acordes de la marcha triunfal "*Aída*" entramos en solemne desfile alumnos y profesores al gran salón repleto de muchachos, parientes y amigos de los graduados. Cálidos aplausos nos recibían mientras nos acomodábamos en las primeras filas, reservadas especialmente para nosotros.

Busqué ansiosa a las gentes de mi casa que desde lejos me miraban con orgullo y alegría y alcé mis manos muy alto para significarles mi presencia y mi lugar en el gran salón.

Las notas del Himno Nacional y el coro a cuatro voces cantando "*Alma Mater*" dieron comienzo al gran acto de la graduación de maestros de la Normal en aquel diciembre de 1922.

Las mágicas palabras de don Omar, exhortándonos al cumplimiento de nuestra misión de maestros, futuros constructores de la patria nueva y grande, enardecían nuestros corazones, llenándonos de coraje y de esperanza en la obra que teníamos que realizar como maestros nuevos, graduados de la Escuela Normal de Costa Rica.

A la sombra de la bandera tricolor y de la bandera azul de la Normal, estaban allí en el estrado los treinta títulos que nos serían entregados esa noche memorable. Por orden alfabético fuimos llamados uno a uno. Los muchachos y muchachas al bajar se dirigían a sus padres, les daban un beso y les entregaban el título que acababan de recibir. A mi no me alcanzaron las fuerzas para llegar hasta el fondo del salón donde estaban mis padres, se me hizo un nudo en la garganta y no pude dar un paso. Volví al lado de mis compañeros con mi título de maestra muy apretado entre mis manos sudorosas.

A la salida mi madre y mi tía Chana que me esperaban en la acera, me arrebataron el título y formaron grupo con todos los familiares para admirar aquel trofeo que ahora ellos sentían como ganado por toda la familia.

—¿Idiay muchacha, qué te pasó? ¿Porqué no viniste como las otras a entregar el título a tu mamá? —dijo mi padre un poco resentido.

—No la regañes, no le digas nada; ya vos sabes como es de concha esta muchacha, aunantes ha salido avante la pobre —dijo mi madre poniendo su chalina azul sobre mi cabeza para protegerme de la fría garúa de diciembre.

—¡Abran el paraguas!, cuidado se moja el título, cuiden que no se manche! —gritaba mi tía Chana acongojada ante la lluvia que empezaba a arreciar.

La senda de la vida

Amanecía este lunes 18 de diciembre de 1922 como un día nuevo, distinto. En la casa todos comentaban el éxito de mi graduación, la fiesta en la Normal, la emoción que sintieron al verme subir las gradas del escenario para recibir el título. Mi abuela, que no pudo ir porque tuvo que cuidar a los más pequeños, me ofreció un saquito de manta blanquísimo con bolitas de naftalina para que yo guardara mi título y protegerlo así de las ratas y cucarachas.

Y volvimos todos al trajín del trabajo diario. Estábamos en diciembre, mes magnífico para ganar muchas extras que nos ayudarían a salir de las deudas contraídas por los gastos de mi graduación.

De nuevo tomé mi tarea en la bizcochería al lado de mi madre y haciendo nuevos planes empezamos a imaginar el futuro de nuestra familia, ahora con nuevas perspectivas económicas y sociales.

—Tenemos que salir de este barrio —dijo mi madre. Con el sueldito que vas a ganar podremos al menos alquilar una casa de piso de madera.

Siempre nos tocó vivir, en casas de suelo negro y duro, de pura tierra; salir de ese estado y poder vivir ya en una casa de piso de madera significaba subir unas cuantas pulgadas en la escala social.

—Tenes mucha razón, —dijo mi tía Chana— pero pensá que detrás de esos lujos vienen otros. ¿Cómo vamos a vivir en otra casa mejor si no tenemos ni un mueble decente? ¿Cómo se verían estos bancos y cajones sobre un piso brillante de madera?

—Eso no importa, —repuso mi madre. Tenemos que salir de este chiquero, sea como sea. En el camino se arreglan las cargas. Ahora ésta va a ganar su buena platita y podremos sacar unos muebles a pagos.

—Sí, sí. Y tiraremos a la porra estos camones, tijeretas y petates indecentes que dan vergüenza, —dije yo imaginando en mis manos muchos miles de colones que me darían poder inmenso para hacer cambiar totalmente las condiciones económicas de mi hogar.

—No hagan loco. No hagan castillos en el aire —gritó mi tío Daniel desde su banquillo de zapatero— esperen a que le den "güeso". Ustedes piensan que es tan fácil encontrar trabajo y que ya porque se tiene un título se abren todas las puertas! ¡No sean tan tontas!

Tenía razón el tío Daniel. A pesar de mi buen título de maestra normalista con notas excelentes tuve que esperar seis largos meses para que el gobierno me diera plaza en una escuela de Guadalupe en 1923.

Ofuscada y desilusionada busqué a un profesor amigo para contarle mi tragedia y él con una frase cursi alivió mi pena:

"No se tienen atadas las alas cuando se tiene libre el pensamiento como el viento" — me dijo.

Nunca supe si esa filosofía barata era sacada de su caletre o si era de algún autor tan mediocre como él, pero a mi me sonó lindísimo en aquella época, y por muchos años la guardé escrita en una de aquellas libretas donde anotaba las frases de los pensadores que me impresionaban en la ingenuidad de mi adolescencia.

Varios años después me enteré de que el fulano era un simple filántropo rotario. Arranqué la página de mi libreta y la eché al cajón de la basura. Era un cromo cursi y pegajoso que oscurecía y desviaba mi pensamiento.

Maestra en Guadalupe: 1923

Con arrestos quijotescos inicié mi trabajo de maestra en la Ciudad de Guadalupe, llevando en mis manos los mejores planes pedagógicos y todo mi entusiasmo de maestra joven de diecinueve años.

Mi madre me hizo un lindo vestido de chinilla roja de paletones y cuello blanco para estrenarlo ese lunes feliz del mes de agosto, en que iría a las seis y media de la mañana en un tranvía amarillo hacia la escuela Pilar Jiménez, a hacerme cargo de un IV grado de varones.

Un guapo y atento director me recibió muy amable y me dio las primeras instrucciones para mi trabajo. Varias maestras mayores cincuentonas, con cara de pensionadas, me saludaron un poco despectivas y una parvada de chiquillos sudorosos y bullangueros se puso de pie cuando el señor director me presentó.

Frente a aquel grupo de niños de diez y once años quedé yo sola, impresionada y ofuscada a la vez ante tantos ojos y bocas abiertas que esperaban mis enseñanzas.

Como si tratara de soltar el hilo de una carrucha, donde llevaba arrollados mis conocimientos, tiré del hilo, saludando tímidamente a mis primeros alumnos y tratando de ganármelos, antes de entrar en las lecciones de aritmética les leí en tono declamatorio el cuento "*Meñique*", de Martí, siguiendo al pie de la letra todas las instrucciones que nos diera Carmen Lyra en sus lecciones de literatura infantil en la Escuela Normal.

—Léanos otro, niña, léanos otro, —gritaron al final en coro todos los niños, que conmigo habían gozado la prosa limpia y bella del gran poeta cubano.

El toque de la campana llamó a recreo y con mis alumnos salí a jugar a la plaza, mientras las maestras cansadas y viejas cuchicheaban en los corredores de la escuela.

Oí que alguna decía al verme corretear con los niños: "Toda escoba nueva barre bien. Ahorita se le acaban esos arrestos".

Al reanudar las lecciones algún niño me recordó que yo no había pasado lista. Era verdad: sobre el escritorio estaba un cuaderno blanco rayado, con los nombres de mis alumnos; lo entregué a ese niño para que él mismo anotara los ausentes y presentes; así empezaba yo a poner en práctica los nuevos métodos pedagógicos, dando personería a mis alumnos.

Eloy Retana, presente.

Rafael Molina, presente.

Francisco Castillo, presente.

Arturo Gutiérrez, ausente, está enfermo, se metió un clavo en el talón —explicó un niño.

Miguel Castro, presente.

Carlos Torres, ausente, tiene a la mamá en el hospital.

Luis García, presente.

Marcos Monge, presente.

Hugo Leitón, ausente, se fue a vivir a Siquirres.

Elias Espinoza, presente.

Otoniel Arguedas, ausente, no puede volver a la escuela, tiene que trabajar —explicó otro niño.

Manuel Calderón, presente.

Así fueron desfilando ante mis ojos desde el primer día de clases las imágenes de treinta de mis alumnos, niños de carne y hueso, descalzos la mayoría, flacos y desnutridos casi todos, indisciplinados, desatentos y malcriados que se agarraban a patadas y pescozones por cualquier cosa.

A las diez de la mañana empezaban a pedir permiso porque muchos de ellos tenían que venir a San José a dejar almuerzo a sus padres que trabajaban en alguna fábrica o comercio. Allí debajo del pupitre tenían las alforjillas de mecate donde llevaban los almuerzos envueltos en hojas de plátano.

Esa era la materia prima con la cual tenía yo que poner en práctica mis ideales y métodos pedagógicos modernos.

Yo conocía al dedillo todo el proceso didáctico de los famosos Centros de Interés: "la alimentación", la "vivienda", "el vestido", "el transporte", etc., etc.; brillantes notas había ganado haciendo proyectos perfectos muy bien ilustrados en mis cuadernos de metodología, pero ¡Ay Señor!, ahora era otro cantar.

Tenía ante mí la dura realidad de la vida de esos pobres niños que, como mis primillos y hermanitos, maduraban prematuramente, estrujados por las restricciones injustas que les imponía su vida como hijos de la clase trabajadora.

Cada tarde yo llegaba a contar a mi casa las experiencias de todos los días, experiencias que provocaban comentarios de alto valor político y social entre las gentes de la familia, que sin comprender el fenómeno económico, reaccionaban con su instinto de clase al juzgar los relatos que yo les hacía allí, en el galerón, donde asaban los amasijos y aplanchaban las docenas de camisas que lavaba mi abuela.

—Esas cosas no tienen remedio, muchacha, decía mi tía Chana, tratando de explicar el destino de los pobres— siempre ha habido pobres y ricos y los habrá hasta el fin del mundo, así lo dice la Santa Biblia.

—¡No seas mentirosa! ¿Acaso vos has leído la Biblia alguna vez? No inventes esas tonteras, vos no conoces ni por el forro ese libro —resongó mi tío Daniel, mientras cortaba el cuero sobre una tabla que tenía en sus rodillas.

La verdad es que ningún miembro de la familia, ni yo que ahora era persona tan letrada, podía explicar esos fenómenos sociales.

La ofuscación de unos y de otros se calmó en gran parte; cuando yo anuncié que a fin de mes recibiría mi primer sueldo de maestra, cien colones contantes y sonantes.

Otro lío asomó las orejas:

—Decime una cosa: esa muchacha te va a entregar todo el sueldo o la vas a dejar que lo malgaste así porque sí —intrigó mi tía.

—No seas tan cavilosa —dijo mi madre— Esta muchacha es muy juiciosa, le voy a dar el gusto de que gaste su primer sueldo en lo que ella quiera, bien merecido lo tiene.

—No le des tantas alas, te digo que en este tiempo es peligroso dar rienda suelta a las muchachas; si fuera hija mía otro gallo le cantarí —dijo la tía Chana.

Mi madre mantuvo su palabra que yo tomé como prueba de confianza absoluta en mi conducta.

Cambié mi primer giro de maestra contando y recontando los billetes, una suma que jamás había visto en mis manos; hice mil planes, saqué cuentas y con muy buen juicio, separé veinticinco colones como primera suma para ajustar el alquiler de una casa lejos de aquel barrio de La Puebla. Con el resto compré dos cobijas para los más pequeños, una botellita de agua florida para mi abuela, un jabón de olor para mi tía Chana, unas medias para mi padre, dos libras de queso colorado, antojo que tenía mi madre desde hacía mucho tiempo; al tío Daniel le regalé una caja de cigarrillos finos y a los güilas les llevé pitos de agua, bombas de hule y un tarro de confites. Llegué a la casa cargada como un San Nicolás, feliz, eufórica, como si me hubiera sacado el premio mayor de la lotería. Allí en el galerón se hizo el gran alboroto entre grandes y chicos celebrando así aquel acontecimiento sin precedentes en la historia de esta familia.

De La Puebla a Barrio México: 1924

"Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llama de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas".

(De "La Oración de la Maestra"
por Gabriela Mistral).

Dos años trabajé en la escuela de Guadalupe, nadando contra corriente, a brazo partido, tratando de romper rutinas por la fuerza de mi entusiasmo y la frescura de mi juventud que me daban audacia inagotable para realizar las nuevas ideas pedagógicas que yo trataba de imponer a como hubiera lugar.

Podría decir que hice milagros por aquello de que la fe mueve montañas.

Había que transformar el ambiente sórdido y seco de aquella escuela; había que ganar el respeto y la simpatía de las gentes del pueblo; había que llevar cultura y alegría al alma de aquellos pobres chiquillos que repetían como loras las tablas de multiplicar y los nombres de ríos y ciudades de Costa Rica; había que embellecer aquellas aulas, que llenarlas de plantas y de flores, de música, de cuadros artísticos. Día y noche soñaba con la obra grandiosa que me proponía realizar en aquella escuela rural, escuela que yo haría moderna, revolucionaria, más humana y más vital, de acuerdo con las nuevas teorías científicas y con el avance social del mundo.

Yo, pobre maestríta de veinte años, ingenua y lírica, imaginaba mi escuela como un jardín aparte, cercado y listo para hacer ensayos en niños pobres que venían desde lejos, muchas veces en ayunas, enfermos y aturridos ante los problemas que sufrían sus hogares.

Perdida y turbada entre las teorías pedagógicas y los problemas de mi escuela, no acertaba a comprender las contradicciones inexplicables que cerraban el paso a mis fantásticos planes.

Desde el tranvía amarillo que me llevaba cada mañana de la Calle Central a la plaza de Guadalupe, veía las casas humildes de mis alumnos que a pie corrían presurosos tratando de ganar la carrera al tranvía; sus patitas descalzas dejaban huellas húmedas sobre el pavimento de la calle y caían como un peso enorme sobre mi corazón de maestra.

¡Hay que calzar a todos estos niños!, me decía yo con gran coraje como si tuviera a mano miles de zapatos para ellos. Hay que instalar comedores en todas las escuelas, hay que organizar el teatro infantil; hay que instalar campos de juego en todos los barrios; hay que organizar bibliotecas populares, ambulantes, para todas las gentes del pueblo; hay que organizar coros y orquestas infantiles; hay que montar talleres y laboratorios en todas las escuelas y colegios; campos de deporte... hay que...

El conductor del tranvía sonaba duro la campanilla para avisar que habíamos llegado a la plaza de Guadalupe, donde me esperaban mis alumnos, muy correctos ese día porque había llegado desde muy temprano el inspector a hacer los exámenes de fin de año.

A la par de los mil proyectos que hacía para mi escuela, también soñaba en transformar las condiciones de vida de mi familia. Mis pies se resistían a seguir transitando por aquellas calles del barrio de La Puebla y a ratos me asaltaba el temor de que mis alumnos se enteraran de que su maestra vivía en aquel barrio horrible, indecente, inhóspito.

Con furia indecible me apresuré a tratar de salir de aquel chiquero, como decía mi tía Chana. Todas las tardes después del trabajo, salía por los barrios de San José a buscar una casa limpia, decente y barata que yo pagaría ahora con mi sueldo de maestra.

Buscar casa entre miles y miles de casas de la Capital era tarea ingrata; recorrer los barrios de arriba a abajo, de aquí para allá hasta el oscurecer, regatear precios y comparar condiciones, era un viacrucis interminable y humillante que levantaban mi protesta ante los caseros ingratos y usureros. Yo brincaba de una acera a otra al ver el aviso de un "se alquila" pegado en una ventana de amplios y claros cristales, o saltaba hacia aquella otra casa rodeada de jardines con una linda verja de hierro, que desde hacía muchos meses estaba desocupada, pero el milagro no se hacía porque la realidad era tan implacable como fantásticos eran mis cálculos y aspiraciones.

—Yo no sé qué es lo que quiere esta muchacha, parece que se le están subiendo los humos a la cabeza, si por ella fuera tendríamos que irnos a vivir a la par de la casa presidencial o al lado de la Catedral —dijo mi tía Chana, censurando mis aspiraciones.

—No es eso criatura de Dios, lo que pasa es que ésta ya no es como nosotras, simples muías de carga que nos echamos a dormir en cualquier petate y que podemos comer a la orilla del fogón, entre el humo y la ceniza, esa es la cosa...

—Sí, esa es la gran vaina. ¡Qué carajada! Ahora nos viene con exigencias y lujos; a lo mejor cualquier día hasta le dará vergüenza decir que yo soy su tío —dijo Daniel profetizando una posible fuga de mi clase social.

—Yo no estoy renegando de mi familia ni de mi suerte, pero sí es verdad que estoy harta de vivir en este barrio indecente; quiero salir de aquí con todos ustedes y aunque no quieran saldré cueste lo que cueste; no quiero vivir más en este barrio sucio, horrible —grité desesperada.

—Esta muchacha se ha vuelto muy malcriada, muy insolente, nos va a dar duro en la cabeza, —dijo mi tía muy preocupada.

Con terquedad tenaz y agresiva buscaba incansablemente mi derecho a vivir en una casa limpia y clara, lejos de los barrios del Sur. Me orienté entonces hacia el Norte de la ciudad, por el Paso de la Vaca hasta llegar al Barrio México, donde encontré por fin una casita limpia y modesta por ₡ 50.00 mensuales de alquiler, en la calle 14 y avenidas 11 y 13.

Impuse mi voluntad y sin consultar a nadie y pagué por adelantado el primer alquiler al recibir el sueldo del mes de abril de mil novecientos veinticuatro.

Llegué a la casa con el recibo en la mano anunciando mi resolución como una orden inaplazable que cayó como un bombazo en el ambiente familiar.

—Muchacha de Dios —dijo mi madre muy asustada—. ¿Te fijaste bien si hay campo para acomodar el horno?

—¡Claro que sí! Hay un gran patio atrás; allí se puede hacer un galerón para meter ese mastodonte —dije yo sabiendo que todavía teníamos que cargar por muchos años más con aquel monstruo negro y humeante.

Trasladarse de un barrio tan pobre a un barrio de clase media significa un gran acontecimiento, un cambio decisivo que llega a modificar la psicología, la moral, la filosofía de toda una familia. Íbamos a entrar en un nuevo ambiente social: nuevos vecinos, nuevos andares, nuevo vocabulario, nuevos gestos y nuevas normas de vida derivadas de la nueva situación, pero siempre dentro del ambiente duro del trabajo artesanal.

Parecía que fuéramos para el extranjero, a juzgar por los preparativos del traslado que iniciamos todos desde esa misma tarde con gran excitación.

—Lo mejor será que nos pasemos entre oscuro y claro, por allí de las cinco y media —dijo mi tía Chana preocupada por el traslado de tantos chunches viejos y feos que nos avergonzarían ante los vecinos del Barrio México.

—¿Qué vamos a hacer, muchacha? Somos gente de trabajo, somos pobres pero honrados, no podemos aparentar lo que no somos, —repuso mi madre ante los temores de mi tía.

Y así todos entramos en un gran trájín desacomodando chunches, llenando cajones y canastos, y haciendo motetes de todo tamaño que cargaríamos en dos carretones contratados que llegarían a las seis de la mañana del día siguiente.

El barullo de esa noche fue de fiesta y de excitación indescriptible, sobre todo para los chiquillos que gozaban del espectáculo ayudando a jalar cosas y a acomodar enseres de toda clase, mientras se preparaban para dormir esa noche en el suelo porque ya estaban desarmadas las camas.

El sábado a las seis y media en punto de la mañana empezamos a cargar chunches en los carretones, ante la espectación de los vecinos curiosos que, intrigados, preguntaban a dónde nos trasladábamos.

—¡Al Barrio México! —les explicaba yo— A buscar mejor vida, a respirar otro aire.

Encaramados en el cucurucho de la carga iban arriba en los dos carretones los chiquillos felices, exhibiéndose como si fueran en una carroza imperial. Adelante iba mi padre cuidando las cosas y guiando al carretonero hacia la calle nueve y avenida diez y ocho.

Yo me fui de primera llevando la llave y en la puerta los esperé como dueña y señora de aquella gran aventura.

Mi tío Daniel permanecía retobado en el galerón, a la par del horno donde tenía su mesita de trabajo; se enfureció, no quiso ir a vivir con nosotros al Barrio México.

—¡Váyanse ustedes, yo me quedo viviendo aquí en este barrio; aquí tengo mi barra y mi clientela —dijo recogiendo los fierros y echándolos en una bolsa de mecate.

—Esos de ese barrio son unos hartaos... ya lo verán —dijo en tono despectivo y con cierta nostalgia, pateando unos tarros que dejamos tirados en el patio.

De la Escuela de Guadalupe, a la Escuela Maternal; 1925

Mi corazón empezaba a echar raíces en la escuela Pilar Jiménez de Guadalupe, cuando una tarde llegó a mi casa mi gran amiga Carmen Lyra a proponerme que trabajara con ella en la creación de la Escuela Maternal (*Montessoriana*). Escuela nueva que ella imaginó a su regreso de Europa donde estudió los métodos modernos de la educación preescolar.

Tal honor y distinción de mi querida profesora me dejaron atónita y asustada a la vez, pues temía perder la experiencia y seguridad de mi plaza en la escuela de Guadalupe; al mismo tiempo me sentía orgullosa y feliz de que la notable escritora hubiera pensado en mi al escoger el personal para su escuela.

—Mamá, mamá, aquí está la niña Isabel, venga, salúdela —grité desde el zaguán.

—Ya voy muchacha, espérate que me cambie el delantal, dijo mi madre acongojada ante una visita de tanto rango. Secándose el sudor en el delantal limpio, saludó con gran emoción mi profesora humilde y humana como ninguna. Las dos como si fueran viejas amigas conversaron largo rato y luego las tres juntas decidimos aceptar la proposición para irme a trabajar a la Escuela Maternal.

—¡Qué rico huele! —dijo Carmen Lyra, husmeando con su ancha nariz, y tratando de dar confianza a las gentes de la familia que habían dejado los quehaceres para venir a fisgonear, a ver como era la profesora de la que tantas cosas les había contado yo.

El delicioso olor del bizcocho totoposte que inundaba toda la casa abrió el apetito y la curiosidad picara de Carmen Lyra.

—Ofrécele unas roscas con café —dijo mi tía Chana siempre sácalas y confianzuda.

—¿Vos crees que le gusten esos bizcochos tan ordinarios? dijo mi madre apenada, imaginando el gusto refinado de la profesora.

—Por supuesto señora, que sí, yo soy una gran golosa, soy india pura, sobre todo cuando se trata de amasijos de maíz como el bizcocho— contestó Carmen Lyra, agradeciendo el ofrecimiento de mi tía Chana.

Yo no sabía qué hacer ante aquel compromiso que me llenaba de pena y preocupación al tener que llevar a la profesora a la propia cocina en donde no teníamos sillas decentes, sino rústicos bancos y una mesa cubierta con una carpeta desteñida. Pero todo salió a las mil maravillas. Carmen Lyra con su tacto exquisito y su sencillez

natural y humana, hizo tertulia cálida y sugestiva ganándose la simpatía y la confianza de todas las gentes de mi casa que extrañadas la veían chuparse los dedos al sacar las roscas esponjadas de la taza de café negro y caliente.

Al despedirse, mi madre le dio una bolsita con unas cuantas roscas de bizcocho, que al decir de ella no le duraron ni un día.

—Anda dejala —me ordenó mi madre.

Y yo, feliz de tal recomendación, me fui aquella tarde por la Avenida Séptima Norte caminando hacia el Este hasta la casa de Carmen Lyra, donde ya jaspeaban las guarías moradas en la tapia de aquella casita inolvidble.

*

**

Era el mes de febrero. Juntas Carmen Lyra y yo nos dimos a la grata tarea de preparar planes modernos y audaces para echar a andar la Escuela Maternal como una escuela nueva que pondríamos al servicio de los niños pobres que vivían en los bajos del río Torres, por el Paso de la Vaca, en las cercanías de la Peni y por la cuesta de Traube.

Llenas de entusiasmo y de alegría abrimos las puertas de la Maternal (detrás del Edificio Metálico) una mañana de abril de 1926 a un centenar de niños que venían a educarse, a gozar de equipos especiales y modernos dentro de un ambiente acogedor debidamente preparado para tratar de cultivar su inteligencia y su sensibilidad de niños de cuatro a seis años. Allí los vimos llegar limpiecitos y bien peinados, cogidos de las manos de sus madres, de sus tías o de las hermanitas mayores, que trataban de dejarlos solos por primera vez en aquel kinder moderno.

Mi corazón de maestra idealista y joven palpitaba de alegría y de entusiasmo; al fin iría a realizar mis sueños, mis utopías pedagógicas.

Por todas partes había flores aquella mañana, juguetes, columpios y subibajas, bolas y muñecas; preciosos cuadros artísticos, frisos de colores ilustrando cuentos y fábulas; la bella y buena maestra de música Margarita Castro tocaba al piano preciosas rondas infantiles que había escrito Carmen Lyra, llenas de gracia y poesía.

Aquella Escuela Maternal era un oasis de paz, de alegría y de cultura; yo estaba segura de que de aquel jardín pedagógico saldrían niños felices y buenos, porque nosotras teníamos en nuestras manos los métodos científicos que aprendiéramos en los libros de María Montessori, de Decroly y de muchos otros pedagogos modernos.

Tales métodos no podían fallar; nosotras conocíamos muy bien las bases psicológicas para crear en los niños los hábitos; de higiene, de disciplina, de estudio y de trabajo;

sabíamos estimular en ellos la sensibilidad artística, convencidas del valor que tiene la educación estética desde los primeros años de la infancia.

Leíamos con avidez libros y folletos sobre higiene mental, sobre psicología y antropología para fundamentar nuestros planes y métodos educativos.

Todo parecía caminar a las mil maravillas sobre las ruedas mágicas de aquel carro pedagógico que habíamos echado a andar en este valle de lágrimas.

Según las fechas de nacimiento, cada mes tomábamos el peso y la talla a los niños, llevando en fórmulas muy completas los datos del desarrollo de cada uno. Regularmente una enfermera graduada tomaba los datos de la hemoglobina y les hacía revisión general, anotando la triste realidad: este pobre Ernesto, hijo de Rita, la vendedora de lotería, apenas tenía un 10% de hemoglobina; Angelilla, la hija de la lavandera, sufría un raquitismo crónico, de allí sus piernecitas corvetas y deformes; más allá Luisillo siempre lleno de granos, y más allá aquel chiquillo jorobado, mocososo, siempre con su tos de perro interrumpiendo los minutos de silencio que teníamos en el horario cada mañana, para enseñar a los niños a escuchar con atención trozos de música clásica.

Los datos estadísticos que anotábamos cada mes sobre medición del peso y talla, acusaban cifras aterradoras que no se ajustaban a los índices del desarrollo normal de los niños.

Los materiales humanos que llegaban a la Maternal eran pobres plantitas esmirriadas, torcidas prematuramente por ese viento ingrato y frío que sopla implacable sobre tantas vidas inocentes de niños hambrientos y desnutridos.

Las teorías sobre la higiene mental resbalaban sobre aquellas cabecitas de pelo seco, áspero y sucio; entre las patitas descalzas quedaban enredadas las teorías y conceptos filosóficos sobre la educación y el papel de la escuela en la sociedad.

¿Cómo poner a danzar a aquellas creaturas al compás de la música de Chopín, de Handel y de Debussy?

¿Cómo arrancarles pasos graciosos, movimientos delicados a esos bracitos para que semejaran libélulas azules, gotitas de agua o estrellitas brillantes?

Un rictus amargo asomaba a los labios de Carmen Lyra que un día de tantos no aguantó más y ordenó cerrar el piano, al ver las piruetas ridículas que hacía la pobre Angelilla tratando de ajustar sus pasos al ritmo de la música de Chopín.

¡Qué lecciones más vivas y grotescas nos daba la vida todos los días en aquella Escuela Maternal, al lado de Carmen Lyra, que nos hacía comprender las

contradicciones de la pedagogía idealista frente a las realidades que tercamente despedazaban nuestros planes y nuestros sueños.

—Chiquitos —decía Carmen Lyra— hay que dormir con las ventanas abiertas para respirar el aire puro durante la noche. Y el pobre Carlillos que vivía en el "Callejón de la Puñalada"— levantó su manita para preguntar:

—¿Cómo hacemos, niña, mi casa no tiene ventanas?

El pobre niño vivía en un ranchillo tapado con latas y cartones viejos.

¿Y la pobre Margarita, pálida y ojerosa, que se dormía siempre en las lecciones de música? ¡Qué chiquilla más perezosa y displicente! Siempre estaba en la luna. Un día de tantos supimos por una señora vecina que la pobre criatura era hija de una prostituta que la hacía esperar largas horas sentada en el quicio de la puerta mientras ella atendía a sus clientes.

Cómo contar cuentos de hadas, de duendes y de mariposas de oro y de príncipes a esta güililla que vivía en el Barrio de las Latas y a aquel otro negrilla que vivía en Peoresnada?

¿Cómo reclamar la cooperación de las madres si muchas de ellas nos rogaban que no enseñáramos mañas a sus hijos cuando les aconsejábamos usar cepillo de dientes y dormir con pijama?. Esos eran lujos imposibles y lejanos para sus pobres hijos que con trabajos podían comer arroz y frijoles.

¿Cómo hablar de los Derechos del Niño en Congresos de Educadores ahí en el Teatro Nacional, si a la salida una parvada de niños pordioseros y de limpiabotas nos enfrentaban a su propia realidad?

De nuevo una vez más el pesimismo y la desesperanza envolvían mi corazón, turbaban mi pensamiento al no encontrar explicación a los problemas sociales que veía todos los días en mi escuela, en las calles de la ciudad, en los barrios pobres de la capital; me sentía metida en un laberinto, en un callejón sin salida, viendo solamente el "hueco de la rosca".

Eminentes sociólogos, higienistas, médicos, pediatras, educadores, escritores y políticos nacionales y extranjeros, discutían por la prensa y daban conferencias sobre los graves problemas de la educación nacional, sobre el aumento de las cifras de la prostitución, sobre la desnutrición del pueblo, etc., etc. Ninguna de esas grandes personalidades se atrevía a poner el dedo en la llaga. Solamente Carmen Lyra, con su ironía lacerante levantaba ampollas entre los círculos de intelectuales y politiqueros que fruncían la nariz ante las denuncias de su pluma magistral.

Yo seguía con pasión aquellas discusiones y planteamientos tratando de buscar la explicación que resolvería mis dudas y mi desconcierto.

Llegué a creer a pie juntillas en aquellos lemas que divulgaban José Vasconcelos y muchos otros pensadores indigenistas latinoamericanos que pusieron de moda aquellas frases: "Por mi raza hablará el espíritu". "Hacia la justicia, por la cultura y la libertad".

Hermosos y sonoros lemas que parecían marcar el rumbo certero de mis aspiraciones.

Sí, sí, me decía yo, allí está la clave del problema: primero hay que educar a las gentes para que aprendan a usar la libertad, para que comprendan la justicia y la puedan entender sin cometer desmanes ni violencias inconvenientes; hay que enseñar al pueblo las doctrinas del amor, del perdón, para que sepan hacer buen uso de las leyes, fraternizando con todos los costarricenses sin hacer diferencias sociales. Nosotros los maestros como guías espirituales estábamos llamados a cumplir esa gran misión sobre la tierra.

Los brillantes planteamientos que hacía Omar Dengo sobre los problemas de la cultura, y del desarrollo de la personalidad humana seguían apasionando mi criterio de maestra idealista, que creía tener en sus manos el don milagroso para modelar las almas y hasta el destino de todos los niños que llegaban a mi escuela.

Enmarcaba entre comillas las frases vibrantes y hermosas que decía el gran maestro Omar Dengo en sus discursos de la Normal, me inspiraba en ellas y templaba mi voluntad siguiendo su filosofía al pie de la letra:

"Redimir al hombre de la miseria, sin redimirlo de la pasión, del vicio y de la ignorancia, no es ninguna seria solución de ningún problema".

Es verdad, es verdad, pensaba yo, primero hay que limpiar el alma de las gentes. Eso es lo principal, el alma.

"El mal más hondo, el profundo mal donde se forja la tragedia humana, no radica en la diferencia entre ricos y pobres, sino que arraiga tenazmente en la actitud del espíritu la cual, para mí, está determinada por designios cósmicos que no conocemos".

Designios cósmicos desconocidos... ¿Qué quería decir esto? ¿Será que los astros desde allá arriba dirigen la suerte y el destino de las gentes que vivimos en este mundo? Podría ser cierta esta explicación, me decía recordando las ingenuas y pintorescas interpretaciones que hacía la tía Chana, cada vez que se suscitaban discusiones sobre la suerte o el tuerce de algunos familiares o amigos que parecían colgando siempre de un hilo astral misterioso, invisible, que los mecía de aquí para allá, dándoles saltos y tumbos imprevistos en este valle de lágrimas.

Aquel fulano que siempre caía parado con todos los gobiernos había nacido en 1910 cuando pasó el cometa Haley, decía mi tía, asegurando con la autoridad de siempre, que los que nacieron en ese tiempo eran muy suerteros. En cambio aquella pobre vieja impedida había nacido un martes trece y como un pesado lastre tenía que arrastrar su negra suerte por haber venido a este mundo en día tan fatal.

¿Tendría qué estudiar astrología para poder encontrar la explicación de tantas dudas y desconciertos que se levantaban en mi conciencia, ante los intrincados problemas sociales y económicos que vivíamos en la Escuela Maternal?

Guardando el secreto de mi ignorancia busqué en una enciclopedia la definición exacta de la palabra cósmico para tratar de comprender lo que decía mi querido y respetado profesor cuya palabra era evangelio vibrante que iluminaba siempre mi corazón. Pero esta vez no fue así: la maraña que aprisionaba mi conciencia se enredaba más y más, pues al decir del profesor los problemas eran más complejos y misteriosos, no se podían ver con simple criterio de cura de aldea, como decían que los veía yo, pobre maestrita sin ninguna cultura filosófica, que no era capaz de elevarme más allá del techo de mi escuela; había que subir hasta los astros y no vivir tan a ras del suelo, tan cerca de aquellos problemas menudos de todos los días, que no me dejaban ver el bosque en toda su magnitud y esplendor.

Como un matapalo se enredaban en la Escuela Maternal el escepticismo y la desesperanza; nuestro trabajo era como pegar parches aquí y allá en tela vieja y deshilachada; como echar agua en un canasto, decía Carmen Lyra. La generosidad y la bondad de los filántropos amigos no alcanzaban nunca para resolver tantos problemas, problemas menudos, sí, los de todos los días, como son las necesidades inaplazables de tener que tomar café cada mañana con un bollito de pan aunque sea sin mantequilla ni queso; como es tener que vestirse y tener siquiera un par de zapatos para ir al trabajo, al colegio o a la escuela; tener que pagar casa aunque sea una pocilga inmundada donde se vive; problemas menudos, amargos y duros problemas de todos los días, de cada hora, de cada minuto, que como vidrios punzantes se clavaban en el alma y el cuerpo de millones de seres que agonizan en este mundo. Sí, aquí, en este mundo, en esta tierra, tan lejana de los fulgurantes planetas que iluminan tanta miseria y dolor.

No podíamos huir de los problemas ni tampoco debíamos fosilizarnos dentro de la rutina absurda y fácil de la pedagogía oficial para acumular tranquilos los años que nos asegurarían una jugosa pensión.

Un fermento ácido corroía nuestras conciencias restando alegría y entusiasmo a nuestra labor educativa, tan sin perspectivas, tan desajustada del ambiente social.

Sentíamos el fracaso de nuestros planes y no veíamos las causas que originaban los problemas que sufrían aquellos pobres niños de la Maternal.

Nos debatíamos todos los días en aquel mar de contradicciones sintiéndonos siempre incapaces de resolver radicalmente los graves problemas económicos y sociales que teníamos frente a nosotras.

¿Qué podíamos hacer ante el caso de aquel pobre guarda que se quedó sin trabajo, sin salario, para mantener sus siete hijos?

¿Cómo podíamos resolver el caso de aquella pobre viuda que tenía que sostener ella sola sus cuatro niñitos?

¿Cómo ayudar a la pobre Rita que la desahusieron ayer porque no había podido pagar veinte y cinco colones del alquiler de aquel cuartucho inmundo?

¿De dónde coger dinero para comprar las medicinas que necesita Juanita, la lavandera, para curarse el reumatismo que la tiene casi inválida?.

¿Cómo no estremecerse de dolor ante los bracitos quemados de esta pobre criaturita que estando solito en su casa jaló una olla de agua hirviendo?

¡Al diablo la pedagogía! ¡A la porra esta caricatura, esta farsa de educación! —decía Carmen Lyra al ver que como espuma resbalaban nuestras buenas intenciones sobre la trágica realidad que vivían diariamente estos pobres chiquillos de la Maternal.

Quebró los cristales de su lirismo poético y romántico y como si escribiera con una aguja candente, denunció en relatos magistrales, como aguas fuertes, las escenas más crudas y grotescas de la vida de aquellos niños, de aquellas madres y de aquellos hogares deshechos por la ignorancia y por la miseria.

Puso en evidencia, con gran sentido irónico y crítico, las fantasías y la farsa de la pedagogía oficial, burlándose mil veces de ese "niño hipotético" prefabricado, que inventan muchos pedagogos ilusos que viven en las nubes, esperando que la cultura, por sí sola, haga el milagro de terminar con el más negro de todos los crímenes del mundo: el hambre y la explotación de los niños.

Otra vez al Barrio La Puebla: 1927-1932

*"Los hombres no son revolucionarios
por rencor sino por necesidad de plenitud"*

Róger Garaudy

"Del horizonte de uno al horizonte de todos"

P. Eluard

Carmen Lyra era en aquella época la antena más alta que vibraba en tensión permanente ante las ondas revolucionarias que nos traían mensajes de lucha, de revolución y de esperanza hacia el mundo nuevo que surgía allá en la tierra de Lenin.

Sus manos generosas y su mente despierta se tendían fraternales para servir a todos los perseguidos políticos que al llegar a nuestra tierra buscaban la puerta de aquella casita de la Avenida Séptima Norte, siempre abierta y acogedora para recibir a los muchachos, estudiantes latinoamericanos, que traían en su puños la antorcha de la lucha antimperialista y de repudio a las dictaduras del Continente.

A la Escuela Maternal entraron las voces enardecidas de aquellos muchachos inteligentes y valientes que no traían un cinco en la bolsa, pero cuyas manos venían llenas de proclamas y mensajes para inundar el Continente con sus gritos de protesta contra las dictaduras militares, las oligarquías y los cómplices yanquis que humillan a los pueblos latinoamericanos.

Algunos de esos jóvenes se doblegaron y traicionaron sus ideales; otros muchos, los mejores, resistieron y fueron fermento y abono en las luchas antimperialistas que se han librado en América Latina.

Eran los tiempos del peruano González Prada que con su frase de "los viejos a la tumba y los jóvenes a la obra" enardecía a los muchachos y los impulsaba hacia la acción; eran los años de la heroica lucha de Sandino, la terrible matanza de los veinte mil campesinos salvadoreños; años de los planteamientos marxistas del peruano José Carlos Mariátegui; años del sacrificio heroico de Sacco y Vanzetti; años de los tremendos panfletistas venezolanos contra la dictadura de Juan Vicente Gómez; años ya luminosos de la gran Revolución Soviética cuyo avance iluminaba y sorprendía al mundo entero; años magníficos del gran Repertorio Americano de García Monge, tribuna del pensamiento progresista de América Latina; años de aquella "*Liga Cívica*" integrada por ciudadanos eminentes como el Dr. Moreno Cañas, Omar Dengo, don

Víctor Guardia, Dr. Ovares, Adriano Urbina, Víctor Quesada; años magníficos de ebullición revolucionaria en todo el Continente.

Ante el ímpetu revolucionario de aquellos muchachos que nos planteaban los problemas políticos y económicos de los pueblos en su relación con todos los problemas sociales, se amplió nuestra perspectiva y empezamos a comprender mejor dónde estaba la raíz de todas las contradicciones que nos inquietaban y que ponían sombras de pesimismo en nuestro espíritu.

Empezábamos a espigar entre tantas teorías políticas y sociales, cuando una mañana encontramos el periódico "REVOLUCIÓN", tirado debajo de la puerta principal de la Escuela. Era una pequeña hoja impresa doblada en dos. La había deslizado allí el carpintero revolucionario Gonzalo Montero Berry, obrero inteligente y culto, uno de los fundadores del Partido Comunista de Costa Rica. Era el primer periódico rojo que editaran aquellos muchachos nuestros, audaces y valientes estudiantes de derecho que alzaban por primera vez en Costa Rica, la bandera de la hoz y el martillo.

Carmen Lyra lo recogió con gran curiosidad y lo guardó luego entre sus cuadernos de directora de la Maternal. Yo deseaba tener un ejemplar de aquel periodiquito cuyo nombre incitaba mi curiosidad, pero ella no advirtió mi interés y se lo llevó para su casa, como tantas otras publicaciones que le llegaban a la dirección de la Escuela Maternal.

Una tarde de la semana siguiente me invitó a leer un pequeño folleto en francés que ella iba traduciendo y comentando conmigo. —Es fundamental —me dijo— estudiar este folleto, según dicen los muchachos, para poder entender lo que está sucediendo en el mundo.

Allí sentadas en las mismas sillitas del Kinder empezamos a leer aquel folletito de cincuenta páginas que aparentemente parecía insignificante: era el Manifiesto Comunista de Marx y Engels:

"Un espectro recorre Europa: el espectro del comunismo...".

"Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de lucha de clases...".

Leímos y releímos aquellas páginas durante varias tardes y luego entramos en relación directa con aquellos jóvenes revolucionarios costarricenses, quienes nos explicaban con gran propiedad la filosofía materialista que contiene aquel documento histórico, que abrió una nueva era para todos los pueblos del mundo.

Pudimos entonces ubicar los problemas de nuestra escuela dentro de todo el fenómeno social y económico de la lucha de clases, hasta entender que la educación

no es problema aislado de los fenómenos económicos de la sociedad, ni que se resuelve con planes utópicos, idealistas, fuera del régimen social en que vive la escuela.

No era cuestión de métodos ni de teorías más o menos avanzadas. Era que los cimientos de nuestra escuela estaban sobre arena movediza, falsa, en donde no podían arraigar nuestras fantasías, nuestros ideales de maestras espiritualistas.

Y decidimos tomar el camino de la izquierda.

Al salón Rescia situado frente a la escuela Porfirio Brenes nos dirigimos una noche a ver las reuniones de los obreros, a oír los discursos de Manuel Mora, de Jaime Cerdas, de Luis Carballo, de Adolfo Braña.

Allí estaban los obreros sudorosos sentados en toscas bancas de madera, muchos de pie y otros en cuclillas; bocanadas de aire caliente y del humo del cigarrillo inundaban el ambiente de aquel pequeño salón en donde lucía victoriosa la bandera roja bajo un gran retrato de Lenin. Niños, mujeres y hombres aplaudían con pasión los discursos de los jóvenes líderes que en protesta dramática planteaban los graves problemas de la desocupación obrera, del hambre del pueblo, de la crisis económica, de la persecución patronal, exaltando a la vez los grandes triunfos de la Revolución Soviética como ejemplo del movimiento revolucionario mundial, como ejemplo del poder en manos de la clase trabajadora, como única forma de terminar con la explotación del hombre por el hombre.

Alzando los puños cantaban en tono agresivo, a voz en cuello, rugientes, la Internacional:

*"Arriba los pobres del mundo
de pie los esclavos sin pan.*

*Cambiemos el mundo de fases
hundiendo el imperio burgués".*

Un extraño escalofrío recorrió mi cuerpo de pies a cabeza; me parecía estar viviendo las gloriosas luchas de la Revolución Francesa; era imposible sustraerse a aquel ambiente, imposible estar de espectador; nosotras también alzamos los puños en alto y junto con los trabajadores templamos desde aquella noche nuestro espíritu, preparándonos para la lucha revolucionaria, hacia el "único camino", el camino de la revolución social.

Le pedí a un viejo que estaba a mi lado que me copiara aquella canción y me dijo:

—No sé escribir señora, pero se la puedo cantar para que usted la vaya copiando.

Nos acercamos al marco de una ventana. En voz baja él cantaba los versos una y otra vez mientras yo los iba copiando en una libretita:

*"Arriba los pobres del mundo,
de pie los esclavos sin pan".*

Trencé aquella estrofa con el verso de Martí:

*"Con los pobres del mundo
quiero yo mi suerte echar".*

Y en trama indestructible, amarré para siempre el destino de mi vida al partido de la clase trabajadora, al partido de mi pueblo.

De nuevo volví a trajinar muchas noches y muchos días por aquellas calles de La Puebla, por el mismo barrio de mi infancia, por la misma cuadra donde viviera mis aventuras de chiquilla pobre; me parecía ver las huellas de mis pequeños pies en las aceras del barrio; me parecía ver la plancha negra y humeante, me parecía oír las llamadas de mi madre y de la tía Chana desde la puerta de aquella casa siempre escorrocha y fea.

Pasé frente a aquella puerta y en gesto desafiante saqué el carnet del Partido, de mi Partido, que me hizo "ver la claridad del mundo y la posibilidad de la alegría". Yo deseaba clavarlo en aquella puerta como un reto, enseñarlo a todos los vecinos del barrio y llevármelos a todos conmigo hacia el salón Rescia,

Doblé la esquina de la escuela Porfirio Brenes hacia el Este y con paso firme y seguro, llena de alegría y de esperanza me presenté puntualmente a las siete de la noche a cumplir la primera tarea que me encargaba mi Partido.

San José, Costa Rica. Setiembre de 1969.

*Este libro se publica en homenaje a Carmen Lyra en el aniversario de su nacimiento:
15 de enero de 1888 — 1970.*

xxxx

El producto de su venta es un aporte para la campaña económica del Partido Acción Socialista.

xxxx

Agradezco la valiosa colaboración que me dieron las amigas Alicia A. de Cerdas, Nidia S. de Solís, Addy S. de Mora, Emilia Prieto y Soledad Leandro y mi amigo Adolfo Herrera García, en la revisión del texto original de estos relatos.